

CRISTIANDAD

Año XVII - Núm. 358

BARCELONA

Dicbre. 1960

Depto. legal. B. 15.860 -1958

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

EDITORIAL

ALOCUCIÓN DE S. S. EL PAPA
A LOS PERIODISTAS CATÓLICOS

LA IGLESIA DEL SILENCIO
Examen de un año
A. Trabal

OPINIÓN SOBRE LA DEMOCRACIA
Pablo López Castellote.

«QUE SEAN REMOVIDOS POR LA
VERDAD Y LA CARIDAD LOS IMPEDIMENTOS QUE SE OPOEN A
LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS»

AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS
A LOS HOMBRES EN EL ANTIGUO
TESTAMENTO
Roberto Cayuela, S. I.

LA GUERRA DE ARGELIA Y LA
JERARQUÍA FRANCESA
J. M. Martínez-Marí

HISPANO-AMÉRICA CAMPO PRO-
PICIO PARA LA REVOLUCIÓN
Jesús Sainz Mazpule

DOMINE SALVA MOS PERIMUS
Fernando Serrano

VINTILA HORIA Y LOS
ESCRITORES EXTRANJEROS EN
LENGUA FRANCESA
Francisco Salva Miquel.

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 21 27 75

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 22 24 46

Suscripción anual: 150 ptas.
Precio de este núm.: 12 ptas.

LA SITUACION RELIGIOSA EN CUBA

Cuando el comunismo logra infiltrarse en las esferas dirigentes de un país, pronto se nota su acción contra la Iglesia Católica.

No podía suceder menos en Cuba, donde la Jerarquía, sensible a cuanto afecte a la salud de sus fieles, denunció casi inmediatamente el peligroso rumbo que Castro daba a la Revolución.

Este inmediato reaccionar del sector católico de la nación, era lógico, ya que su ayuda al Movimiento del 26 de julio había sido muy considerable. No debe olvidarse que si Fidel Castro puede ir hoy exhibiendo su demagogia desenfrenada, es gracias a la intervención de Mons. Pérez Serantes, que le salvó la vida. Como tampoco, que la mayoría de sus barbudos de Sierra Maestra eran católicos, muchos de ellos procedentes de la provincia de Oriente, que luchaban rosario en mano, alentados y acompañados siempre por sacerdotes de la talla de los PP. Castaño, Caveró, Sardiñas, Rivas y tantos otros.

Pero a los dirigentes de hoy, les estorba aquella participación de los católicos en su Movimiento, y tanto más les estorba cuanto más se convierten en amigos del comunismo.

Así, cuando en agosto pasado fue leída en todas las iglesias una pastoral colectiva del Episcopado cubano, que denunciaba los avances del comunismo en el país, varios sacerdotes fueron detenidos por el mero «delito» de leerla, y muchos otros fueron amenazados con graves represalias, desencadenándose, al mismo tiempo, una intensa campaña antirreligiosa en el país, que aún continúa, y cuya inspiración comunista revelan los habituales tópicos: «La Iglesia, al servicio del capitalismo imperialista», «las Jerarquías eclesiásticas, en favor de la lucha antirrevolucionaria», etc.

El Arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Pérez Serantes, tuvo que salir al paso de tanta insidia en una pastoral del 24 de septiembre último, en la que decía:

«Hoy, para no divagar mucho, resulta que se considera igualmente traidor al que se permite el lujo de combatir el comunismo, o de expresar abiertamente que no está conforme con las directrices o el adoctrinamiento y procedimientos marxistas; a veces, no hace falta ni tanto. Tal parece que, para algunos, sólo los comunistas y sus seguidores tienen derecho a trazar la línea de conducta obligatoria para todos.»

«Hemos aprendido todos que traidor es el que quebranta la fidelidad o la lealtad, que está obligado a guardar o a tener. Judas, entregando a su Maestro, es y será siempre el prototipo del traidor.»

«Siendo esto así ¿quién, con algo siquiera de razón, se atreverá a decir que no es patriota el que detesta el comunismo materialista y ateo, o el que,

por no hacer traición a su conciencia y a su fe jurada, no se doblega, o ni siquiera se inclina ante los seudos redentores del pueblo, ni está dispuesto a cambiar Roma por Moscú?»

«¿Quién puede tener derecho a afirmar que alguien es traidor a la Patria, porque, amándola con toda su alma, se atreve a decir que no piensa en todo, como piensan los enemigos de Dios, los enemigos de la libertad y de los derechos humanos, los comunistas y sus secuaces?»

«¿Pueden, en fin, ser reputados de traidores a la patria los que no quebrantan ninguna fidelidad o lealtad al Estado o a las Instituciones legítimamente establecidas?»

«Déjennos, pues, en paz. Dedíquense a algo constructivo, pues hay mucho que hacer sin malgastar el tiempo en dividir la familia cubana, empuñando la espada temible de la discriminación.»

Pero la actitud del Gobierno no ha cejado. El propio Fidel Castro, en uno de sus frondosos discursos, el dirigido a la nación el día 27 de noviembre pasado, afirmó que algunos sacerdotes habían pronunciado sermones "antirrevolucionarios".

De esta manera, el sentir anticatólico va tomando sus posiciones entre los más cualificados dirigentes revolucionarios, lo que entraña un innegable peligro para el futuro.

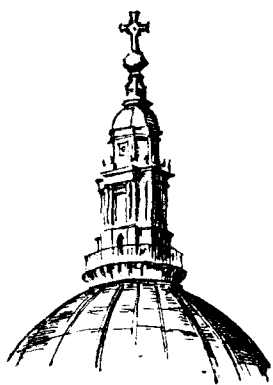
Viendo perfectamente este peligro, el pasado domingo, día 4 del actual diciembre, nueve Prelados Católicos, entre los que figura el Arzobispo de La Habana, Cardenal Arteaga, dirigieron una carta abierta al líder cubano. Este documento, contestación a aquel discurso de Fidel Castro, afirma que el Gobierno está abordando diversos problemas desde un ángulo puramente comunista y sus firmantes abrigan profundos temores, puntualizando que en el texto de la doctrina revolucionaria se encuentran varios problemas históricos y filosóficos enfocados claramente con puntos de vista marxista. Los Prelados rechazan en dicha carta, "con toda energía", la grave injusticia que supone acusar a sacerdotes de formar parte de fuerzas internacionales o de potencias extranjeras, cuando, por el contrario, todo el mundo sabe que la Iglesia ha defendido siempre, pública y privadamente, los derechos del pueblo cubano.

Los Prelados terminan su carta expresando la esperanza de que el Gobierno adopte las medidas necesarias para poner fin a los repetidos ataques contra los católicos. Dios quiera que esta esperanza se vea cumplida.

Ya en prensa el presente número, los telegramas de las Agencias de información, procedentes de Cuba, confirman la difícil situación religiosa en aquel país, agravada con la excomunión del P. Germán Lence, perteneciente a una parroquia de la provincia de Oriente, por grave desacato a sus superiores jerárquicos.

Ha sido ampliamente comentado el discurso que Fidel Castro ha pronunciado por dicho motivo, y en el que ha llegado a manifestar que «si se excomulga al P. Lence, deberá también excomulgarse al Gobierno cubano, y a toda Cuba».

El hecho, que reviste una gravedad obvia, puede interpretarse perfectamente como resultado de la campaña que los «fidelistas» han desencadenado en contra de la Iglesia con el propósito, idéntico al de muchos países comunistas, de que los sacerdotes obedezcan únicamente al Gobierno, sin mantener relación alguna con Roma. En definitiva, crear el cisma.



ALOCUCION DEL PAPA A LOS PERIODISTAS CATOLICOS

(4-XII-60)

Os acogemos con particular atención y afecto, amados hijos, periodistas católicos. Es el vuestro un hermoso título, elevado y de responsabilidad.

La asamblea de hoy reaviva en Nuestro ánimo el recuerdo de otros encuentros concedidos a los representantes de la prensa: y nos permite testificar de nuevo la estima que sentimos por aquellos que se dedican honestamente a la difícil y pesada profesión del periodismo; con preferencia, como es natural y comprensible, hacia aquellos de vosotros que ejercitáis tal profesión a la luz del Evangelio de Jesucristo, y de las enseñanzas vivas y perennes de la Iglesia.

Hemos saludado con paternales alientos vuestra II Asamblea Nacional; y aprovechamos la ocasión para hablarlos de nuevo sobre un tema que tenemos tan en el corazón.

Desgraciadamente los ya conocidos y lamentables defectos y peligros en el sector de la prensa, perduran en su gravedad. Y es tal Nuestra preocupación, que Nos dispensamos de todo otro preámbulo, y de la repetición de cuadros estadísticos impresionantes, que por otra parte ya os son conocidos, para entrar de nuevo a exponer cuanto estimamos más necesario y urgente; no solamente para vosotros que hacéis honor a vuestra condición de católicos, sino también para cuantos con vosotros obran en nombre de la rectitud y de la verdad, y defienden aquellos ideales que son comunes a los hombres de buena voluntad.

Sería vano dejarse llevar por lamentables recriminaciones. Debemos construir, amados hijos, debemos ir hacia adelante, echando los fundamentos de una nueva era, más sana, más equitativa, más generosa en el deseo ardiente de un éxito que no puede tardar; debemos sembrar aunque tal vez nos oprime el pecho una profunda tristeza, en la certidumbre de una recolección alegre: *Qui seminant in lacrimis in exultatione metent*. Los siembran entre lágrimas siegan con júbilo (Ps. 125, 4).

Expondremos por lo tanto consideraciones positivas, que confiamos a vuestra experiencia, competencia y buena voluntad. Se refieren a: la preparación; la cooperación y coordinación fraterna; la sensibilidad cristiana del periodista católico.

Preparación profesional

1) *Vuestra preparación profesional*, amados hijos, Nos lleva a pensar en la amplitud e importancia de la misión que habéis escogido. Bien sabéis que la eficiencia para cualquier oficio no se improvisa, y que para toda profesión de responsabilidad social se exigen largos años de dura y específica preparación, teórica y práctica, lo cual debe regir también para los periodistas militantes. Un periodista no se improvisa.

Para alcanzar el conjunto de cualidades que hacen fácil y provechoso su servicio es necesario un aprendizaje. Pensad. Necesita la delicadeza del médico, la versatilidad del literato, la perspicacia del jurista, el sentido de responsabilidad del educador.

Tal extensión de intereses y de horizontes exige pues una seria preparación. Por lo tanto no bastará saber informarse e informar. Es preciso conocer el modo y la técnica de la información; al mismo tiempo no disipar el tiempo en inútiles audiciones o lecturas, sino de modo que se afine la sensibilidad y se posea el arte de saber elegir, entresacar, y revestir las noticias.

Una tal preparación exige abundancia de posibilidades materiales: es pues debida la recompensa económica. Es necesario que los colaboradores de cada uno de los periódicos reciban la justa recompensa a pesar de la penuria de medios económicos que sufre la prensa católica, privada del beneficio del excepcional financiamiento que consigue con cierta facilidad la prensa de partido o la llamada independiente. La invocación y la consigna del inmortal predecesor Nuestro León XIII tiene valor permanente: «Todos aquellos que desean realmente y de corazón que las cosas ya sagradas ya civiles sean eficazmente difundidas por escritores capaces y de mérito, favorezcan con su propia liberalidad los frutos de la literatura y del ingenio; y cuanto más rico sea uno, tanto más los sostenga con su influencia y con sus haberes» (Enc. *Esti Nos*, 15 febrero, 1882, *Acta Leonis*, III, 12).

Se debe pues dar para sostener la buena causa. Pero aun cuando a veces se juntan en uno las condiciones ideales y más satisfactorias, es preciso guardarse siempre del puro profesionalismo; el que ve

las cosas sólo desde un punto de vista únicamente económico, técnico, y de perfección del trabajo, aunque honesto, no alcanzará su fin, sino que es preciso que además sea sostenido y superado por el espíritu de la oración, de la caridad y por el impulso de apostolado. Esto es lo que embellece y hace meritorias ante Dios cada una de vuestras acciones, especialmente las que forman el tejido cotidiano de vuestra actividad.

Ved pues que la primera cosa que tenemos en el corazón es vuestra preparación, considerada en la plena luz en que armoniosamente se funden las cualidades naturales, los requisitos técnicos y la vocación espiritual para obrar el bien, según la enseñanza del Apóstol: «a fin de que caminés de manera digna de Dios, complaciéndole en todo, produciendo frutos de buenas obras y creciendo en la ciencia de Dios» (Col. 1,10).

Cooperación y coordinación fraterna

2) La segunda consideración quiere llamar la atención sobre el grande e imprescindible deber de la caridad.

Al cerrarse la jornada memorable del 28 de octubre de 1958, entre los comentarios de la prensa sobre la elección del nuevo Papa, vosotros fuisteis los primeros en llamar la atención —y aún lo repetiis— sobre el «*diligite alterutrum*» que brotó de nuestros labios en el acto de aceptar el peso que Nos impuso la voluntad de Dios: llamar la atención decimos, sobre aquel *amaos los unos a los otros* que tenemos en el corazón como una obligación sagrada, primera y por encima de todo otro proyecto de laudables empresas y meditaciones previsiones.

¡La caridad! *Praeceptum Domini est, praeceptum Domini*, decía el Apóstol del amor, Juan Evangelista.

Esta caridad dulcemente os invita a estar unidos entre vosotros, en la fe y en la acción, en los convencimientos y en los ideales, en la fatiga y en el propósito militante.

Permaneced unidos, ayudad a los católicos fieles y convencidos a permanecer unidos entre ellos, a tener fe en la doctrina social de la Iglesia y en su legislación, purificada a través de multiseccular experiencia, a conocerla y a profundizarla. Ayudadles a que se dejen penetrar cada vez más del espíritu cristiano en el pensar, en el valorar, en el hablar, superando toda tentación de singularidad, de resentimiento y de interés; a no dejarse engañar por las apariencias de una libertad malentendida que se convierte en intolerancia de todo aviso y de toda disciplina.

Vosotros nos comprendéis bien. El respeto que debemos a los que no han alcanzado la completa madurez cristiana y católica y están en los umbrales del templo, no autoriza a peligrosas concesiones, a compromisos, a renunciaciones que perjudican el patrimonio

sacro de verdad y de justicia, que constituye el Evangelio.

El peligro más grave a que está expuesta una parte de Nuestros hijos, es propiamente esto: intolerancia, repetimos, hacia una disciplina común, que se convierte sin embargo en tolerancia o indiferencia ante los errores y las posiciones peligrosas en los varios sectores de la vida pública, tanto en la política como en las diversiones, en la literatura como en la práctica religiosa.

Sabed también ponerlos en guardia contra aquel espíritu mundano del que son instrumento algunas corrientes del pensamiento y de las costumbres modernas, que intentan por todos los medios sustraer a la sociedad del influjo del Evangelio de Cristo, de la enseñanza de la Iglesia, de los eternos valores de la verdad divina, del amor, de la pureza y del apostolado de los que ha florecido la sociedad cristiana. Estos movimientos se presentan como defensores de una vaga libertad, pero están prontos a negarla a la Iglesia cuando Ella quiere defender el tesoro de la verdad revelada o el patrimonio de salud moral que se le ha encomendado; proclaman separación e independencia entre la Iglesia y el poder civil, pero están continuamente trabajando para limitar toda su acción y lanzar sobre ella sombras de sospecha y animosidad. Su modo de obrar puede compararse con aquello que tan finamente dice Manzoni, hablando del *iniquo que es fuerte*: «el cual puede insultar y considerarse ofendido, escarnecer y pedir satisfacciones, aterrorizar y lamentarse, ser desvergonzado y presentarse como irreprensible» (Los Novios, cap. VII).

Ante tales actitudes, es más que nunca necesaria la unión: para defender y ayudar a defender la verdad, la justicia, la honestidad, antes aún que la religión y el Evangelio. ¡Oh! es grande, amados hijos, también en este aspecto vuestra misión y digna de todo aliento y ayuda. Permaneced pues unidos: es el Papa quien os lo pide en nombre de Aquel que ha rogado por la unión de todos sus fieles: *Ut omnes unum sint*, y sobre todo y de un modo especial para intentar lo que hemos propuesto: «Que todos sean una sola cosa, como tú oh Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos sean también una sola cosa con nosotros» (Io. 17,21).

Sensibilidad cristiana

2) Finalmente os es necesaria una profunda *sensibilidad cristiana*, que impregne todas vuestras acciones y difunda con gracia y perceptiblemente aquel *buen olor de Cristo* (cf. 2 Cor. 2,15) que da a todas las cosas el justo tono. Sensibilidad cristiana en todo y con todos, a fin de que a todos alcance el testimonio de la sinceridad unida al respeto, de la claridad de ideas junto a la madurez del pensamiento y de la expresión.

Aprovechamos la ocasión de este encuentro familiar para confiaros que a menudo, mirando los periódicos y revistas comprobamos con pena que se emplea una fraseología a veces hermética, ampulosa, desproporcionada —o bien acre, agresiva, inútilmente polémica. Es una costumbre que ha penetrado tal vez por imitación del lenguaje usual en los anuncios publicitarios, en las crónicas deportivas y en manifestaciones folklóricas locales.

Ahora bien, el periodista católico debe guardarse de este hábito en el pensar y en el escribir, porque corrompe el sentido genuino de la cortesía, de la educación, del método cristiano que quiere convencer con noble persuasión, y atraer con argumentos, no con sugerencias.

La sensibilidad de que hablamos se revela en el presentar, por ejemplo, o no presentar una crónica en torno a un acontecimiento escabroso y conturbante, sino que en ello sigue los dictámenes de la recta conciencia y no finalidades más o menos inconfesables.

Se manifiesta además en no silenciar los elogios, especialmente cuando se refiere a personas que aún viven, en el no atribuir todos los méritos a una sola parte, a una organización, sino sabiendo escoger lo que edifica en todas partes donde se encuentre, para animarse a establecer contactos fecundos. Enseña también a coger de nuevo la historia de los que nos han precedido, a no olvidar las enseñanzas del pasado, a valorizar todo buen testimonio del espíritu humano en el curso de la vida del pueblo.

Sensibilidad cristiana: como habéis comprendido, busca y pone a la luz aquellas manifestaciones universales de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello que han encontrado expresión y color en la naturaleza, en la música, en las obras de literatura o de arte. Lo repetimos, amados hijos, con las palabras de paternal aliento que dirigimos a vuestros colegas de «L'Avvenire d'Italia» el 18 de octubre del año corriente: «Educad los lectores para que aprecien aquello que es verdadero, bueno y bello; sabed pues buscar los

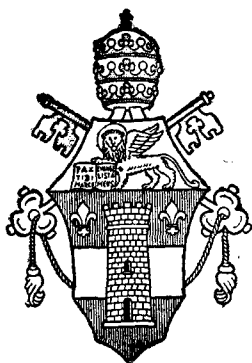
elementos para vuestros trabajos acercandoos a las fuentes inexahauribles de la verdad, de la belleza y de la bondad, que brotan del conocimiento de las varias épocas de la historia, del mundo del arte y de la poesía, de la conquista de la ciencia, de la maravillosa vida del universo, de los viajes de exploradores y misioneros» (Discorsi, Messagi, Colloqui, vol. I, p. 486).

¡Qué fuente inexahaurible de inspiración para el periodista y de amenidad para sus lectores, brota de este patrimonio común a toda la humanidad, con demasiada frecuencia negligido para ceder el lugar a los oropeles de lo efímero y charla de lo transitorio! Sin hacer alarde de erudición sino cual conviene al periódico que pasa por las manos de todos como fuente de información y de sereno consuelo, es posible inspirarse continua y substancialmente de un tan vasto panorama de realidad viva, interesante, agradable.

¡Amados hijos!

No perdáis el ánimo en las cotidianas dificultades entre las que se desenvuelve vuestro trabajo, sino sabed elevarlo con la generosidad y el entusiasmo que nace de vuestras más altas convicciones. Nos estamos a vuestro lado, con paternal atención, con vivo interés por vuestros problemas, con la ayuda que Nos es posible, y especialmente con la oración. Que el Señor os conceda mantener siempre la fe en vuestros propósitos, dilate vuestra actividad hacia la más fecunda eficacia, y sostenga vuestra Unión en sus empresas, llamando en torno a ella todas aquellas buenas y valientes energías, que unidas, tanto bien pueden hacer mediante el conocimiento y aplicación de los talentos propios de cada uno de los periodistas puestos al común servicio.

Estos son Nuestros deseos más ardientes, Nuestras aspiraciones cordiales. Y en prenda del paternal afecto que alimentamos hacia cada uno de vosotros, nos gozamos en acompañarlo con Nuestra particular y confortadora Bendición Apostólica, que hacemos extensiva a la Unión entera, y a cuantos están cerca de vosotros y os son más caros por los vínculos de la familia,



EXAMEN DE UN AÑO

Epoca propicia es el mes de diciembre para las visiones de conjunto. Por ello, la aprovechamos para ver, en líneas generales y con la perspectiva que presta todo un año, cómo se ha desarrollado en los habituales países de represión comunista la persecución contra la Iglesia.

CHECOSLOVAQUIA

En mayo último tuvo lugar el décimoquinto aniversario de la instauración del régimen comunista en dicho país. Para celebrarlo, el régimen de Praga concedió una "amnistía" a los presos políticos. Se rumoreó que entre los beneficiarios se hallaba un Obispo y algunos sacerdotes, condenados años atrás, después de unos "juicios públicos".

Como la nota oficial no facilitaba nombres, se creyó en un principio que entre los amnistiados figuraban Mons. Gojdic, Obispo de rito oriental de Preshov, con su auxiliar Mons. Hopko. La noticia — que incluso recogió alguna publicación europea —, resultó totalmente infundada, ya que a finales de septiembre se supo que Mons. Gojdic había muerto y que las autoridades mantenían en el mayor secreto su fallecimiento. El Prelado murió, después de prolongada enfermedad, en la cárcel, y parece ser que no se permitió le alcanzaran los beneficios de la "amnistía" del mes de mayo por cuanto su estado físico era más que lamentable; por la misma razón y para evitar comentarios se prohibió también su traslado a un hospital.

Por su parte, el Obispo auxiliar de Preshov, Mons. Basilio Hopko, ha tenido que ser recluso en un manicomio después de diez años de durísimo encierro.

Con la desaparición de estos dos Pastores se cierra todo un período del drama de la diócesis de rito oriental de Preshov, que, después de la detención de sus Prelados, fue declarada *jurídicamente inexistente* por las autoridades del Gobierno, apoyándose en el acuerdo tomado por unos cuantos apóstatas, convocados por iniciativa de los poderes públicos, y en el que decidieron separarse de Roma.

Se ha sabido, por otra parte, que el Obispo de Spis, Mons. Vojtassak, que había sido detenido, al principio de instaurarse el régimen, "amnistiado" en 1956, detenido otra vez y puesto en libertad en mayo último, ha sido nuevamente encarcelado por no haber querido aceptar determinadas imposiciones de la "Oficina Central del Culto", o sea del organismo burocrático a través del que el Partido ejerce sobre la Iglesia una fuerte presión "legalista".

A través de la prensa comunista de Praga se ha sabido también que ha sido detenida y condenada a treinta años de prisión una religiosa, Sor Pía (Helena Lenitova), que ha sido acusada de enseñar religión a los niños de una guardería de Zampach.

Finalmente, el diario checo "Svobodne Slovo" ha publicado la noticia de que Mons. Ladislav Hlad ha sido condenado a nueve años de prisión por haber ejercido secretamente las funciones de Obispo de Litomerice.

El periódico añade que, desde 1949, una administración clandestina católica estaba preparada para el caso de que los Obispos no pudieran ejercer sus funciones: en 1950, el último encargado de negocios de la Nunciatura de Praga, Mons. de Liva, había remitido a Monseñor Hlad, a la sazón sacerdote, las cartas de S. S. Pío XII, por las que quedaba encargado de la diócesis de Litomerice para el caso de que el Obispo titular quedara suspendido en sus funciones por las autoridades civiles.

El periódico comunista precisa que, después de haber sido consagrado secretamente, Mons. Hlad convenció a los seminaristas para que no prosiguieran sus estudios en el Seminario — controlado por el Estado —, sino que lo hicieran privadamente.

El Obispo titular de Litomerice, Mons. Trochta, fue condenado en 1954 a veinticinco años de trabajos forzados.

Realmente — según comenta la Agencia PA —, la Iglesia checa es hoy una Iglesia de Catacumbas, y ya en 1956, después de la condena de Mons. Trochta, fue también condenado Mons. Otcenasek, "culpable" de ser Obispo sin la autorización del Gobierno y de administrar en secreto la diócesis de Hradek Kralove.

POLONIA

A primeros de julio, o sea dos meses después del encuentro del Cardenal Wyszynski y Gomulka, y tras un año largo de inactividad, volvió a reunirse la Comisión Iglesia-Estado compuesta por dos miembros del Gobierno y dos Prelados, Monseñores Klepatz (Obispo de Lodz) y Choromanski (Secretario del Episcopado). Parece que la Comisión ha reanudado el diálogo en torno a la enseñanza religiosa y a los impuestos sobre la Iglesia. Sobre la primera cuestión rige aún oficialmente el *statu quo* de 1956, por el cual el Gobierno comunista practicaba una "coexistencia pacífica" y permitía la enseñanza religiosa en las escuelas. Se asegura que los representantes del Gobierno dieron seguridades en este terreno y que la Jerarquía se prepara a designar los profesores de Religión en las escuelas vacantes. Respecto del segundo punto (la cuestión de impuestos sobre instituciones religiosas y la propiedad de bienes eclesiásticos en la parte del país que perteneció antiguamente a Alemania y que reclama el Estado) parece que se han nombrado dos comisiones de especialistas para su estudio. No se oculta que la expropiación viene siendo utilizada como arma para "disuadir" a la Iglesia de su "acción política".

Una reciente circular del Cardenal Wyszynski, parece ser la primera consecuencia de las conversaciones citadas. Informes no oficiales indican que los acuerdos pueden ser un camino para encontrar soluciones razonables a diversos problemas, entre ellos el de los bienes de la Iglesia en los territorios del Oeste; el de los impuestos sobre establecimientos religiosos; la inspección administrativa de los Seminarios, etc. La Iglesia sigue mostrándose inflexible en el problema de los abortos controlados. El Arzobispo de Varsovia pidió a los Obis-

pos, en una circular, que se esfuercen, dentro de la posible, por mantener este mejoramiento de las relaciones. Sin embargo, muchos observadores se muestran pesimistas, ante el recuerdo de las violaciones cometidas por el Gobierno comunista de otros acuerdos anteriores. En cualquier caso, la Iglesia polaca se esfuerza por buscar las soluciones pacíficas de las cuestiones en litigio, apoyando hasta el máximo tales esfuerzos.

Según informes procedentes de Varsovia, el Obispo de Kielce, Mons. Kaczmarek, ha vuelto a su diócesis y ha asumido de nuevo el desempeño normal de sus funciones episcopales; el Prelado había sido sustituido por el Gobierno. Otras noticias aseguraron que el Auxiliar Mons. Jaroszewicz, había sido nombrado Administrador de la Sede por el Cabildo Catedralicio. La vuelta de Mons. Kaczmarek parece ser uno de los primeros frutos de las recientes conversaciones entre la Iglesia y el Gobierno polaco.

HUNGRÍA

El Gobierno de Kadar es, bajo todos los puntos de vista, fatal. Quizá baste para ilustrar este aserto un hecho acaecido a principios de este otoño y que, por su difusión en Francia, tal vez haya llegado al lector por los periódicos de este país.

Se trata de que algunos eclesiásticos húngaros hicieron declaraciones al enviado oficial en Budapest de un diario parisino sobre la "libertad religiosa" en Hungría.

Unánimemente manifestaron que las actuales condiciones de la Iglesia en la república popular magiar "no pueden ser mejores": el culto se practica con entera libertad, regularidad y profusión; la asistencia de fieles es mayor que en la anteguerra, más sólida su fe; numerosos seminaristas se forman en los Centros de la Iglesia; los sacerdotes perciben tranquilamente su paga del Estado, sin contrapartida alguna, etc., etc.

Estas y análogas manifestaciones son las que aparecieron en el diario francés; tan sorprendentes que incluso la dirección del periódico estimó prudente apostillarlas con un artículo en el que, en cierta forma, intenta aclarar la verdad; una verdad que, aparte circunstancias accesorias, es idéntica a la que se aprecia en todos los países sometidos al comunismo. En Hungría la Iglesia sigue oprimida, de continuo expuesta a vejaciones administrativas y a una intensa campaña atea; los Obispos y el clero, sometidos a un riguroso control de los poderes públicos; el culto, regulado por leyes absurdas y por las cambiantes exigencias del régimen.

Por otra parte, en las escuelas y demás centros de enseñanza, debe proporcionarse una cultura que libre a la juventud de todo prejuicio, para expresarlo con las mismas palabras del comunicado oficial. Así, según el diario de Budapest "Magyar Nemzet", en varias Universidades del país vienen organizándose cursos especiales de "antirreligión", que duran todo un año. Según el profesor Teremzenyi, autor de un libro sobre historia de las religiones, estos cursos "constituyen una base firme para adquirir una sólida concepción materialista y para liberar a los profesores de las escuelas superiores — a quienes van dirigidos los cursos — de las supersticiones e ideas que no están basadas en la ciencia, sino en creencias religiosas".

Las declaraciones de aquellos eclesiásticos no deben,

pues, engañar a nadie: No debe olvidarse que su entrevista con el enviado francés se concertó a través de la Oficina Central de Asuntos Religiosos, o sea el órgano estatal que, al igual que en otras "democracias populares", somete las cuestiones religiosas a las órdenes y control del poder público. Esta Oficina Central, en Hungría, está regida desde 1959 por un tal Karolyi Holt, agente del partido desde más de treinta años. Holt, en virtud de las atribuciones que le confieren sendos decretos del Gobierno dictados en 1957 y en 1959, puede proceder legalmente, a su arbitrio, en todos los asuntos que afecten a la Iglesia y, así, las Autoridades legítimas sólo pueden nombrar para las vacantes personas gratas al régimen.

Prudente es recordar aquí las palabras que S. Santidad Juan XXIII dirigió al pueblo húngaro en la fiesta de Pentecostés del pasado año:

"En la noble y dilecta Hungría el gobierno de los Obispos está constreñido por condiciones cada vez más duras y difíciles, a causa de las interferencias, de las imposiciones y de las traiciones que lo obstaculizan. Dignísimos Prelados, entre los que se encuentra un ilustre miembro del Sacro Colegio, se ven separados a la fuerza de su amada grey; otros se ven imposibilitados para atender adecuadamente a las necesidades de los fieles, obstaculizados como se hallan de valerse libremente del ministerio de su clero; infinitas dificultades se oponen a la formación y educación de los candidatos al sacerdocio. Es de temer que en estas anormales condiciones se halle ocasión para justificar ulteriores e indebidas intervenciones de las autoridades civiles en la vida de la Iglesia, exigiendo a los Pastores actos que su conciencia no podrá aceptar..."

ALEMANIA ORIENTAL

En noviembre pasado, el Cardenal Obispo de Berlín, Mons. Julius Döpfner, ante la imposibilidad de visitar los territorios de su diócesis comprendidos en la zona Este, se dirigió a sus fieles a través de la radio.

Cumpliendo su deber pastoral, Mons. Döpfner intervino con energía para desenmascarar la lucha antirreligiosa y las doctrinas del régimen comunista de la República Popular: "A menudo oiréis — dijo —: Es bueno todo lo que sirve para el mejor desarrollo del socialismo... nosotros, como cristianos hemos de decir: es bueno aquello que corresponde a nuestra naturaleza humana, como salida de la mano de Dios. La palabra "humanidad" es usada con gran profusión por los agitadores del materialismo ateo. Mas ¿no entienden con el término, también, la violencia sobre las conciencias, la opresión de la libertad y un espantoso gregarismo del hombre? En tiempos de Herodes se pretendió matar al Señor aún Niño; hoy lo que se intenta es matar a Cristo en su Iglesia... La familia está particularmente amenazada, ya que en el sistema de colectividad socialista y atea se intenta acaparar al hombre en su totalidad, por lo que se considera a la familia como un centro de "reaccionarismo" en cuanto los progenitores no se conviertan en simples ayudantes de una escuela sin Dios."

En otras dos alocuciones Mons. Döpfner ha cuidado, con particular interés, en defender los derechos de la Iglesia, conculcados por las autoridades de Pankow, que han acusado a la Iglesia de ser una servidora de las po-

tencias capitalistas, deseosas de desencadenar una guerra, y fomentar las dictaduras clérico-militares.

También se refirió al hecho de que se está llevando a cabo por las autoridades comunistas un vasto plan para educar a los jóvenes en los supuestos del materialismo ateo, mediante la prohibición absoluta de toda enseñanza religiosa en las escuelas y ejercer infinidad de presiones a la juventud para que se someta a los "ritos" de la "Jugendweihe" — una parodia del Sacramento de la Confirmación —, todo ello sumado a la intensa propaganda (un verdadero diluvio de libros, folletos y publicaciones) invitando a los cristianos a abandonar la Iglesia y a renegar del Bautismo.

En su prédica de Pentecostés — que fue leída en todas las iglesias —, Mons. Döpfner, después de haber afirmado que el Estado, basando su existencia en la concepción materialista del mundo, "no dejaba lugar a la acción de la Iglesia, ni a la libertad de conciencia de los creyentes cristianos", se refirió a las palabras de San Pablo a Timoteo, e invitó a los católicos "aunque oprimidos y perseguidos" para que alzarán sus plegarias en favor de aquellos que rigen la suerte del pueblo.

CHINA COMUNISTA

De todos los países dominados por el comunismo, la China roja sigue siendo el que, con mayor intensidad, combate y persigue a la Iglesia y, a pesar de las grandes dificultades para obtener noticias, rara es la semana que no nos llega la nueva de un acto de represión cometido por el Gobierno.

La técnica seguida es siempre la misma: detención de los Prelados y clero fieles a Roma y su intento de sustitución — muchas veces conseguido — por miembros afectos a la "Unión de católicos patriotas", servidores de Pekín, para fomentar el cisma.

Así, Mons. José Fan Hsueh-yen, Obispo de Paoting, ha sido condenado a quince años de cárcel, según un comunicado de la Agencia Tao-Tao, que no aclaraba, empero, dónde y en qué circunstancias ha sido pronunciada la condena.

Mons. Fan, nacido el 24 de diciembre de 1907, fue ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1934 y consagrado Obispo de Paoting el 24 de junio de 1951.

Fue violentamente atacado en el congreso "católico-patriótico" celebrado en 1957 en la provincia de Hopeh y el diario comunista de Paoting de aquella época enumeraba los siguientes delitos atribuidos a Mons. Fan:

"Ha mantenido siempre una actitud anticomunista y antisocialista, tomando abiertamente la defensa de la política reaccionaria del Vaticano. Ha saboteado el movimiento antiimperialista y patriótico. Ha manifestado públicamente que la participación en la Asociación Patriótica constituía una traición, un cisma en la Iglesia y que era pecado declararse antiimperialista y patriota. Ha afirmado textualmente que el gran movimiento contra los antirrevolucionarios era un mero pretexto del Estado, atacando después la política del Gobierno en materia religiosa, de la que ha dicho que constituía una burla, ya que jamás había respetado las libertades nominales de la Constitución y que tenía como objeto la destrucción de la Iglesia. Ha abusado también de su autoridad espiritual excomulgando a más de mil católicos de An-chuang que se habían adherido a la Aso-

ciación Patriótica, rehusando además administrar los sacramentos a algunos de ellos y, finalmente, ha destituido en sus funciones al párroco de Paoting, por querer éste participar en el congreso de católicos patriotas."

Para nosotros los católicos, tales acusaciones constituyen una magnífica citación en el orden del día, ya que de ninguna manera podía evidenciarse mejor la fidelidad y entereza a Mons. Fan.

En el congreso "católico-patriota" celebrado en su provincia en los meses de junio y julio de 1958, el Obispo fue "destituido de todas sus funciones" y el día 5 del último de dichos meses fue "nombrado" un sucesor, un tal Wang Ki-wei, teniendo lugar el día 20 siguiente su consagración cismática.

¿Cuánto tiempo lleva Mons. Fan Hsueh-yen en prisión? Lo ignoramos. Confiamos saber algún día detalles de la sentencia condenatoria.

En octubre pasado, la Agencia Tao-Tao facilitó algunos informes aclaratorios, desconocidos hasta ahora, sobre la suerte de tres Padres Jesuitas que fueron arrestados en Pekín en marzo de 1954.

Se ha sabido que dos de ellos fueron deportados a una factoría colectiva llamada "Hsing Sua Hou", en Tsinhai, localidad de la frontera del Tibet. Se trata de los Padres Liu Mai-yi, ex Director del Seminario Menor, de Pekín y Liu Ching-fu, ex profesor del propio Seminario.

Ambos fueron condenados a la "reeducación por el trabajo", pena consistente en trabajos forzados, de duración indefinida: los reclusos pueden ser puestos en libertad en cuanto se tienen pruebas suficientes de su "conversión", o sea cuando se han autoacusado lo bastante y han acusado de paso a sus compañeros. Para los católicos, esta pena equivale a cadena perpetua.

El tercero de los Padres Jesuitas a que se refería la Agencia Tao-Tao es el P. Su Pei-ying, quien al ser arrestado era párroco de la Iglesia del Sagrado Corazón de Pekín. Según parece, fue condenado a siete años de cárcel, de ser cierto debería ser puesto en libertad el 3 de marzo próximo.

También en el mes de octubre pasado, concretamente el día 7, falleció en Kongmoon City el Padre Pedro Hoh, sacerdote de aquella diócesis, sita en la Provincia de Kngtung.

Ex alumno del Colegio Mayor de Aberdeen (Hong Kong), fue ordenado sacerdote en 1943 y detenido en 1949. Al cabo de estar tres años en la cárcel enfermó tan gravemente de tuberculosis, que las autoridades le permitieron salir para que se trasladase, bajo vigilancia, a su pueblo natal, de donde fue trasladado a Kongmoong City, donde ha fallecido a los 40 años de edad.

Para reemplazar a Mons. Kung, detenido en 1955 y condenado recientemente a cadena perpetua, la "Asociación Patriótica de Católicos de Shanghai" ha procedido a la "elección" de un nuevo Obispo. El elegido, designado — naturalmente — sin consentimiento ni aprobación de la Santa Sede, es el P. Chiang Chiau-shu, de sesenta y siete años, que fue ordenado sacerdote en 1953. El P. Chiang desempeñó algunos cargos menores en la diócesis y en 1957, cuando los comunistas detuvieron al P. Song, párroco de la Iglesia de San Pedro, le designaron como sucesor. El mismo año, cuando la Santa Sede rehusó reconocer las elecciones y consagraciones episcopales ilícitas de las diócesis de Hankow y

Wuchang, el P. Chiang pronunció violentísimos ataques contra el Santo Padre, acusando al Vaticano de alianza con el imperialismo americano y pidió para China "una Iglesia independiente, libre y autónoma". Desde entonces el P. Chiang ha ocupado destacados cargos políticos y religiosos.

* * *

Como colofón a esta crónica, damos la reseña de la celebración pro Iglesia del Silencio que, como cada año desde hace ya cuatro, ha tenido lugar en Bolonia la pasada Dominica primera de Adviento, acto realzado esta vez con la presencia del Cardenal Lercaro.

Ha sido este año un Prelado lituano, Mons. Ladislao Tulaba, Rector del Colegio Pontificio de San Casimiro en Roma, quien ha iniciado los actos con la celebración de una Misa solemne, en el transcurso de la cual ha pronunciado una Homilía y los alumnos del Colegio Pontificio lituano entonaron cantos litúrgicos en su propia lengua, entre ellos el himno del Sasnauskas ("*Protege, oh Altísimo, nuestra querida Patria*"), así como el himno de San Casimiro, Patrón de Lituania.

Con una especial Notificación al clero y a los fieles de la Archidiócesis, el Cardenal Lercaro ha puesto de relieve el sentido de estas celebraciones, que año tras año, vienen teniendo lugar en Bolonia, como participación de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo en las pruebas y penalidades de sus hermanos de la Iglesia del Silencio.

Mons. Lercaro, en su Notificación, dijo que no hay período mejor que el de Adviento para interpretar, desde un plano sobrenatural, el sentido de nuestro tiempo, tan sobrecargado de temores y tan deseoso de la salvación.

«Para nosotros los boloñeses — dijo — es el momento en que nos unimos a la Iglesia que sufre: a la Iglesia perseguida, sofocada en su hálito y en su voz («Iglesia del Silencio»), martirizada en suma.»

«Juntos con esta parte escogida de la Iglesia acudimos al Salvador y le decimos: «Ven a liberarnos, Señor, y no tardes; muéstranos tu faz y seremos salvos; Llave Divídica y Cetro de la Casa de Israel, que abre y ninguno cierra, que cierra y ninguno abre; ven y ábre-nos esta cárcel en la que yacemos entre las tinieblas de a muerte; rescátanos para la libertad con la fuerza e tu brazo!»

«Como en años pasados recordemos orando a estos hermanos perseguidos por su fe, que son a la faz del mundo los más válidos testimonios de la terrible e incisiva negatividad del ateísmo y del materialismo comunistas, del clima de sofocación de toda libertad y de mortal angustia que su instauración en el poder crea por doquier.»

Seguidamente Mons. Ladislao Tulaba, pronunció una alocución a los fieles, de la que entresacamos los siguientes párrafos:

«En 1956 nos llegó a través de un repatriado, procedente de un campo de concentración de Karaganda, región extrema sudoriental de la URSS, una carta escrita por varios sacerdotes lituanos, que se hallaban prisioneros en el mismo campo, y de la que os voy a leer unas pocas palabras: «...no os preocupéis por nos-

otros. Sabemos perfectamente el por qué debemos sufrir las más feroces y crueles humillaciones y torturas.»

«Esta llamada es no sólo para Nos — su compatriota —, no sólo para los sacerdotes, sino para todos los cristianos. Las víctimas de la persecución: millares de sacerdotes y millones de fieles, apelan a nuestras conciencias, pidiéndonos que no les traicionemos, que mantengamos más vivos que nunca los ideales por los que han sufrido y sufren hasta hacer sacrificio de su propia vida.»

«Estos ideales no son otros que la fe en Dios, la fidelidad a la Cruz de Cristo y a su Evangelio. En 1926, el dirigente de la propaganda atea en el Kremlin, Jaroslawskyj, publicó un manifiesto declarando la guerra a todas las religiones, particularmente al Cristianismo, y en el que, entre otras cosas, decía que no se cansaría de luchar por todos los medios hasta que no desapareciera de la tierra la última cruz. Esta lucha contra la Iglesia sigue implacable, sin tregua.»

¿Cuál debe ser nuestra actitud, frente a la lucha que el Kremlin promueve infatigablemente contra la Iglesia de Dios, y frente a los mártires, víctimas de esta lucha?»

«1) Conocer al enemigo y convencerse plenamente del peligro que constituye. Aún hoy son muchos los que no tienen una idea exacta del comunismo y creen que es un simple movimiento político-social, al que hay que combatir exclusivamente en dicho terreno. Es un error. El comunismo es una ideología, y sobre este plano es donde debe ser combatido. El comunismo se halla atento para destruir el Cristianismo y edificar una nueva sociedad humana basada en los principios del materialismo, en el que el odio suplanta al amor, la venganza al perdón, la mentira a la verdad; en el que es lícito todo aquello que es útil al Estado y al comunismo internacional. Esto es el comunismo. Cambian los métodos, mas siempre es la misma sustancia. Por su misma esencia el comunismo es el enemigo implacable de Dios y de la ideología cristiana. Si bien es cierto que hoy, en Italia, la mitad de los comunistas son creyentes, es sólo una mera demostración de su ignorancia. Sí, los comunistas aceptan a los creyentes, para transformarlos en no creyentes con el tiempo. Podemos estar bien seguros que el número de no creyentes en Italia crecerá en el futuro. Hay también otros que no valoran debidamente el peligro del comunismo. Es un lamentable engaño: los comunistas trabajan, se filtran por todas partes, se hallan bien informados y reciben ayuda incluso de los que dicen ser sus enemigos, por no decir de nosotros mismos.»

«2) Tener bien presentes los sufrimientos de nuestros hermanos perseguidos. El más eficaz consuelo que podemos proporcionarles es hacerles sentir que no les abandonamos ni traicionamos. Por ello, nos avergüenzan ciertos actos de la vida contemporánea en el Occidente cristiano. Cuando se toca a algún comunista, o a algo que interesa a los comunistas, todo el mundo se mueve: se escribe en los diarios, se nombran comités, se elevan peticiones, se llega, si es preciso, hasta las Naciones Unidas; y a todo ello se adhieren muchos de los nuestros, católicos. Y todo va bien. Mas cuando ello coincide con otros hechos, que repugnan nuestras conciencias cristianas, incluso nosotros, los cristianos,

OPINION SOBRE LA DEMOCRACIA

“Si el porvenir ha de pertenecer a la democracia, una parte esencial en su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia, mensajera de la palabra del Redentor y continuadora de su misión salvadora” (Pío XII, Mens. Nav. 1944).

“La opinión pública es el patrimonio de toda sociedad normal compuesta de hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente ligados a la comunidad de la que forman parte. La opinión pública es en todas partes, en definitiva, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual en sus espíritus y en sus juicios” (...)

“La Iglesia, después de todo, es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si la opinión pública le faltase; falta cuya censura recaería sobre los pastores y sobre los fieles”. (Pío XII, Disc. al I Cong. int. de prensa cat. 17-II-50.)

Me imagino que estas palabras, según las mentalidades, han de dar lugar a los comentarios más variados y distantes: desde un ¡por fin! entusiasta y pletórico, intraducible en sus ansias de renovación y esperanza, hasta un ¡cuidado! respetuoso, matizado y púdico, intraducible también en su hondo significado de fidelidad y reserva. Tampoco faltaría —se me antoja— el ¡no faltaba más! de matiz oportunista, ni el ¡pseh! despectivo y huero.

También quiero creer que habría quien se sumiera en profunda meditación y comenzara un desusado examen de conciencia.

Y digo desusado porque no sería individual — el corriente —, ni social — ahí me las den todas —. Sino que versaría sobre la trascendencia social del individuo.

“Allí donde no apareciera manifestación alguna de la opinión pública — decía Pío XII —, allí, sobre todo, donde hubiera que registrar su real inexistencia, sea la que sea la razón con que se explique su mutismo o su ausencia, se debería ver un vicio, una enfermedad, un mal de la vida social.”

Como más arriba decía el mismo Papa, la opinión es el eco de lo social que resuena en el corazón y en la conciencia del individuo. Cuando este eco no se oye es que no hay corazón ni conciencia o es que están amordazados. Y en nuestra vida moderna hay tanto de lo uno y de lo otro, que me parece justo llamar desusado a ese examen de conciencia.

Sin embargo la Iglesia nos da un ejemplo levantadísimo de “resonancia” social. Ninguna situación de la sociedad humana deja de tener entrañables ecos en el corazón de la Santa Madre Iglesia.

Ella nos ha parido a la vida de la gracia y ha sufrido y

sufre en ese alumbramiento que no terminará hasta la consumación de los siglos.

Si la partera desgarró el alma con los gritos que suben a su cuello desde las entrañas, el dolor de la Iglesia, resonando en su conciencia universal, debería desgarrarnos el corazón. Esa es la opinión verdadera: la que llega a hacer sangre si la cosa lo pide.

Muchas cosas que objetivamente no tienen defensa, pueden subjetivamente “explicarse” y aun “justificarse”. Pero esto no nos incumbe. Aquel a quien Dios salve no le dañarán nuestros reproches, y aquel a quien Dios condene no le salvarán nuestras justificaciones.

Digo esto porque, salvando todo lo salvable, es un hecho que a menudo un naturalismo sutil ensordece la resonancia de nuestra conciencia pública cristiana, de nuestra opinión cristiana, o le cambia el tono.

La Iglesia nunca ha sido retrograda ni progresista.

De derechas ni de izquierdas.

Conservadora ni revolucionaria.

La Iglesia es Madre, y en su seno nos hermana a todos. Es Reino, y en su acatamiento nos ennoblece a todos. Es Cuerpo, y al constituírnos místicamente en Cristo nos coordina a todos en orden a lo sobrenatural.

Nada en ella dice partidismo.

Por eso las palabras de Pío XII que al comienzo he transcrito no pueden interpretarse más que como el eco de la situación internacional en la conciencia de la Iglesia. Ese eco que tan al vivo vemos en los venerables Pontífices que presiden nuestros calamitosos tiempos.

Es triste superficialidad saludar la bienvenida de la Iglesia a la democracia moderna, como si significase un rompimiento con un pasado no muy lejano.

Triste superficialidad es también recelar de la actitud del Papa.

Sólo un hijo puede responder adecuadamente a una madre.

Leed con ese espíritu lo que Pío XII decía en aquel discurso sobre la democracia:

“Frente al Estado, frente a los gobernantes, los pueblos han tomado una actitud nueva, interrogante, crítica, desconfiada. Aleccionados por una amarga experiencia, se oponen con mayor energía al monopolio de un poder dictatorial incontrolable e intangible y exigen un sistema de gobierno que sea más compatible con la dignidad y la libertad de los ciudadanos.

“Estas multitudes, inquietas, agitadas por la guerra hasta en sus estratos más profundos, están invadidas hoy día por

que protestamos por aquéllo, cerramos los ojos ante esto. Es verdaderamente sensible.»

«3) Defenderse uno mismo y defender a los demás del invasor peligro del materialismo, protoestándarte del comunismo internacional. Este peligro es gravísimo y universal. Nuestra defensa debe basarse: En la renovación espiritual; y en la afirmación de los valores y de los principios cristianos en la vida pública. Para ello debemos exigirnos: a) la prudencia que protege del engaño y desvela las insidias; b) el espíritu de fraterna unión y solidaridad que hace sentir como propio el dolor del hermano y une las energías, los intentos y las plegarias, y c) el espíritu de sacrificio.»

«La situación de la Iglesia bajo el comunismo es dramática, mas no sin esperanza. El encuentro entre el mundo libre y el comunista no es, ni con mucho, favorable a este último. La victoria del mal y de la mentira es sólo temporal, al final siempre resplandece la verdad. Y Dios está con nosotros. Pedimos al Señor que alce Su mano y abrevie los sufrimientos de los inocentes, proteja a Su Iglesia y salve al mundo del error y de la opresión de los sin Dios.»

Con estas palabras terminó Mons. Tulaba su alocución al pueblo boloñés, palabras que son, también, para todos nosotros.

A. TRABAL

la persuasión — antes, tal vez, vaga y confusa, pero ahora incoercible — de que, si no hubiera faltado esa posibilidad de controlar y corregir la actuación de los poderes públicos, el mundo no hubiese sido arrastrado por el torbellino desastroso de la guerra, y de que, para evitar en el futuro la repetición de semejante catástrofe, es necesario crear en el mismo pueblo eficaces garantías.”

Ante esta nueva situación, el Padre Santo, que observa la realidad de nuestro mundo no con verbalismos, sino pesando sobre sus propios hombros la inmensa carga de nuestra época, dice: “No podemos quedar mudos e inertes ante un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos”.

Y dirigiéndose a todas las gentes, formula la siguiente pregunta: “Siendo ésta la disposición de los ánimos, ¿es de extrañar que la tendencia democrática se apodere de los pueblos y obtenga por todas partes la aprobación y el consentimiento de quienes aspiran a colaborar con mayor eficacia en los destinos de los individuos y de la sociedad?”

Ante esta pregunta — decidme —, ¿es oportunismo que la Iglesia se levante y, dando la mano a los pueblos, diga: ¡Adelante!, por ahí también se puede ir al cielo, y agotando los recursos de una madre, muestre al mundo cómo ha de subir al cielo “de siempre” desde este mundo “de hoy”?

No tiene nada de politiquería esta actitud. “La solícita preocupación de la Iglesia — decía Pío XII — se dirige no tanto a la estructura y organización exterior de la democracia — las cuales dependen de las aspiraciones peculiares de cada pueblo — cuanto *al hombre como tal*, quien, lejos de ser objeto y un elemento puramente pasivo de la vida social, es por el contrario, y debe ser, su sujeto, su fundamento y su fin.”

Y aquí viene lo del desusado examen de conciencia.

“Una parte esencial en su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia.” “El hombre como tal debe ser el sujeto, el fundamento y el fin de la vida social.”

Luego una misión importantísima de la Iglesia en nuestros tiempos es formar la conciencia pública cristiana en orden a una mayor participación de los ciudadanos en la política.

Se trata de la conciencia pública *cristiana*.

No basta con fomentar la vida ciudadana — que por otra parte ha de ser el punto de partida —. Se necesita fomentarla con un sentido sobrenatural de la vida.

Si los cristianos no sobrenaturalizamos la vida social, necesariamente se impondrá una educación cívica laica relativista y en definitiva atea.

Y aquí está nuestra gravísima responsabilidad.

Interpretamos muchas veces el binomio: Iglesia-Sociedad no como si la Iglesia hubiese de inspirar a la Sociedad en sus diferentes fases, sino como si esas fases hubiesen de relativizar a la Iglesia para que pueda tener vida. Y en ese sentido buscar una colaboración entre la Iglesia y la democracia, no sobrenaturalizando al hombre en orden a su vida social, sino “democratizando” a la Iglesia.

La idea central de ese “saludo a la democracia” de Pío XII, no es otra que la doctrina del Reino de Cristo, aplicada a una situación concreta: Toda sociedad — incluso la constituida democráticamente — tiene que reconocer la soberanía de Cristo, so pena de no cumplir con su misión.

Esto supuesto, me pregunto: ¿cuántos cristianos conocemos la doctrina religioso-político-social de la Iglesia? ¿Qué preocupación se nota por conocerla?

En la mayoría de los sermones que se pronuncian el día de Cristo Rey, no aparece ni por asomo la palabra “sociedad”, cuando todo el sentido de la fiesta es eminentemente social. Y la inculcación de ese sentido es el fin de la fiesta, como dijo Pío XI.

¿Quién se acuerda de la “Quas Primas”? A muchos cristianos — incluso cultos — ni les suena el nombre.

Y sin embargo de allí son estas palabras: “Así pues, Venerables Hermanos, sea éste vuestro deber, ésta vuestra misión, cuidar de que, en determinados días, precedan a la festividad anual, sermones al pueblo de cada parroquia, con los que cuidadosamente advertido e instruido acerca de la naturaleza, significado e importancia del asunto, entable y ordene la vida de tal suerte que sea digna de los que se someten fiel y fervorosamente a la soberanía del Divino Rey”.

“Del 25 al 60 van muchos años” — quizá piense alguno.

Es cierto. Nuestros años son “*más tiempo*” que siglos los pretéritos.

También han dado muchas vueltas los satélites desde 1944 — fecha del discurso sobre la democracia — hasta ahora.

Pero la verdad de uno y otro documento queda tristemente constatada en el mundo: no hay paz verdadera sino en el reino de Cristo, no hay verdadera democracia si no se admite que “la dignidad del hombre es la dignidad de la imagen de Dios, la dignidad del Estado es la dignidad de la comunidad moral querida por Dios, la dignidad de la autoridad política es la dignidad de la participación en la autoridad de Dios”.

Los desengaños, los extremismos la vaciedad quizá han modificado la situación de los pueblos respecto de sus confianzas democráticas. Y desengañados, aburridos, desconfiados, faltos y ansiosos al mismo tiempo de un contenido absoluto en su vida. ¿Hacia dónde se inclinarán? El espectro del comunismo se ofrece a muchas mentes.

Quizá nuestra juventud vive actualmente entusiasmos semejantes a los que constataba Pío XII en 1944, y que en buena parte todavía subsisten.

Si esto fuera así, nuestra responsabilidad recaería sobre nuestros hijos, sobre nuestros hermanos.

No nos quejemos: ¡La Democracia! ¡La Democracia!

“Si el porvenir ha de pertenecer a la Democracia, una parte esencial en su realización deberá corresponder a la religión de Cristo y a la Iglesia.”

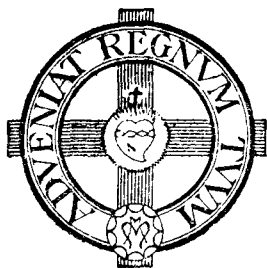
Examinemos nuestra conciencia: nuestras generaciones van subiendo felizmente sin un conocimiento ni siquiera somero de la doctrina política de la Iglesia. Nuestros muchachos crecen... y entroncan con esas corrientes democráticas que Pío XII señalaba, entran de lleno en ellas, y entonces con frecuencia les repugna que “la majestad del derecho positivo humano sea inapelable únicamente cuando ese derecho se conforma — o al menos no se opone — al orden absoluto establecido por el Creador e iluminado con una nueva luz por la revelación del Evangelio”.

Han crecido en la atonía. Entroncan con una situación que de hecho anatematiza el falso *orden absoluto* creado por Estados totalitarios, al imponer su “orden oficial”, y no preparados para ese enfrentamiento, niegan todo orden absoluto, entregándose a los fáciles entusiasmos de las libertades modernas, acusando muchas veces incluso a la Iglesia — por ignorancia — de cosas que están en contradicción con el derecho natural y que la Iglesia siempre ha condenado.

¿Cuál es nuestra opinión cristiana, el eco que despierta en nuestra conciencia, el hecho de las tendencias democráticas de nuestro mundo?

PABLO LÓPEZ CASTELLOTÉ

Por su importancia y por la relación que guarda con uno de los fines del Concilio Vaticano II, transcribimos íntegra del NUNTIUS APOSTOLATUS ORATIONIS, la glosa a la "Intención" de S. S. el Papa para el mes de enero.



"QUE SEAN REMOVIDOS POR LA VERDAD Y LA CARIDAD LOS IMPEDIMENTOS QUE SE OPONEN A LA UNION DE LOS CRISTIANOS"

Se propone esta intención en el mes de enero, durante el cual se celebra en todo el mundo cristiano, no sólo entre los católicos, el Octavario Internacional de Oraciones para la verdadera unión de los creyentes en Cristo. En este tiempo todos los cristianos dirigen humildemente sus almas a Dios exponiéndole filialmente sus deseos, sometándose a su voluntad, atendiendo filialmente a su voz, para conocer sus designios y su voluntad. Al elevar sus oraciones por la Unión se esfuerzan todos en entrar en los pensamientos de Dios, conformarse a sus deseos y a su voluntad, ya que Dios ciertamente quiera todos sean uno. Así todos los cristianos al orar con Cristo y en Cristo, por la Unidad, son en cierto modo algo uno con Cristo orante, ya forman alguna unidad arcana, la cual sin embargo no es suficiente en modo alguno. Orando por la intención del Corazón de Jesús, de que todos sean uno, se someten a la acción divina que impulsa a la unidad incluso externa; y por cierto esta unidad perfecta es la que sinceramente debe ser buscada y humildemente implorada.

Ardiente deseo del Vicario de Cristo

El Sumo Pontífice ha manifestado más de una vez su deseo de emprender todo aquello que favoreciese lo más posible a la unión deseada.

1) En su primer mensaje radiofónico invitó con amor a todos los separados de la Sede Apostólica a volver al redil de Cristo.

2) En la solemne alocución a los Cardenales, pronunciada el 25 de enero de 1959 en el Monasterio Benedictino de San Pablo extramuros, invitó de nuevo a las comunidades separadas para que ellas mismas busquen sinceramente la unidad que tantas almas anhelan en todo el mundo.

3) En la alocución a los dirigentes y delegados de la Federación de Universidades Católicas, del día 1.º de abril de 1959 dijo entre otras cosas: Hemos tomado la decisión, por muchas causas de la mayor trascendencia, de celebrar un Concilio Ecuménico. El cual al ofrecer el admirable espectáculo de la unidad y concordia de la Santa Iglesia de Dios, ciudad puesta sobre el monte, será por su naturaleza una invitación a los Hermanos separados que se honran del nombre cristiano para que puedan volver de nuevo al rebaño universal cuya guía y custodia confió Cristo al Bienaventurado Pedro por un inalterado Decreto de su voluntad.

4) En la exhortación al Clero reunido en Roma desde toda la región Véneta para venerar los sagrados restos de Pío X en la Basílica de San Marcos, el día 21

de abril de 1959 enunció aquellas normas programáticas "hay que buscar primero con el Oriente cristiano primero el acercamiento, después la reanudación de los contactos y, finalmente, la unidad perfecta de tantos hermanos separados con la Iglesia su Madre común".

5) En su Enc. *Ad Petri Cathedram*, 29 junio de 1959, trata extensamente de la unidad que debe ser conseguida por el impulso de la caridad: "Hablemos ya de aquella unidad que está de modo especialísimo en Nuestro deseo y con la que está íntimamente conexo el mismo oficio Pastoral confiado por Dios a Nosotros: Esto es, la unidad de la Iglesia...".

El Sumo Pontífice espera que el próximo Concilio ecuménico atraerá a la unidad aún a los separados: "Este ofrecerá ciertamente un admirable espectáculo de verdad, de unidad y de caridad, el cual al ser contemplado por los que están separados de esta Sede Apostólica constituirá según confiamos una suave invitación para conseguir aquella unidad que Jesucristo con ardiente deseo pidió a su Padre celestial."

"Sabemos que en estos últimos tiempos en no pocas comunidades separadas de la Cátedra de San Pedro se ha producido cierta inclinación de las almas hacia la fe y las instituciones católicas, y no pequeña estima cada día creciente hacia esta Apostólica Sede, borrados los prejuicios por el afán de la verdad."

Habla a todos los separados como hermanos con las palabras de San Agustín al decir: "Quieran o no quieran, son hermanos nuestros. Dejarían de ser hermanos nuestros si dejasen de decir: Padre nuestro" (In. Ps. 32 Enarr. II. 29).

Exhorta después el Vicario de Cristo a los católicos a que juntamente con él eleven suplicantes su oración a Dios benignísimo, en favor de la deseada unidad. Invita a hacer esto aún a los que no pertenecen a este redil.

6) En la audiencia a la Pontificia Comisión Antepreparatoria para el Concilio Ecuménico (30 junio de 1959) manifestó la esperanza de que el Concilio atraerá aún a los separados de la Sede Apostólica a aquella unidad que Cristo dio a su Iglesia y a la que muchos de ellos ya aspiran".

7) También en la Audiencia de los Directores Diocesanos de la Acción Católica Italiana del día 8 de agosto de 1959, el Santo Padre invitó ardentemente a los separados a volver a la unidad y ocupar los lugares que sus padres tuvieron en la Iglesia de Cristo.

En la oración por el feliz éxito del Concilio, enriquecida con indulgencias por la Sagrada Penitenciaría Apostólica (23 de septiembre de 1959) leemos: "Te rogamos también por las ovejas que ya no son del úni-

co redil de Jesucristo, para que también ellas mismas así como se glorian del nombre cristiano, así lleguen finalmente a la unidad bajo el gobierno de un solo Pastor.”

9) En la Encíclica “Grata Recordatio” sobre el Rosario mariano (26 de septiembre de 1959) expresa el Vicario de Cristo el deseo de que el Rosario se rece durante el mes de octubre para que “en el próximo Concilio Ecuménico... la Iglesia toda reciba tan admirable incremento que aún los hermanos e hijos nuestros aún separados de esta Apostólica Sede reciban un saludable estímulo del nuevo vigor y florecimiento de todas las virtudes cristianas, que esperamos de él”.

10) En su Mensaje de Navidad de 23 de diciembre de 1959, afirmó que no quería en aquella ocasión olvidarse de los hermanos separados por los que ora sin cesar para que se cumpla la promesa de Cristo: Un solo rebaño y un solo Pastor”.

Estos testimonios manifiestan claramente que esta intención mensual está de modo especialísimo en el corazón del Sumo Pontífice por lo cual debe también estar en el nuestro.

Impedimentos de la unión que deben ser removidos

Señalaremos sólo brevemente y como en resumen algunos de ellos.

1) *En el terreno doctrinal.*

a) En cuanto a los protestantes discrepan mucho en la doctrina de la fe católica, pues niegan diversas verdades del depósito de la fe. Rechazada la tradición de la Iglesia reconocen como única fuente de la revelación la Sagrada Escritura, la cual ciertamente cada uno puede interpretar según la inspiración del Espíritu Santo; no tienen ni sacerdocio, ni sacramento, ni sacramentos (a excepción del bautismo). Además no tienen magisterio vivo o autoridad eclesiástica.

b) En cuanto a los “Ortodoxos” en lo que se refiere a la doctrina su discrepancia con la fe católica no es tan grande. La cuestión del “Filioque” vista a la luz de la historia del dogma no parece ser una diferencia insuperable; lo mismo puede decirse de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de la Santísima Virgen María. La máxima dificultad está ciertamente en el reconocimiento del Primado del Romano Pontífice y de su infalibilidad.

2) *Impedimentos de orden moral y psicológico.*

Los largos siglos de escisión han amontonado gran número de tales obstáculos. Los protestantes viven desde hace ya cuatro siglos separados de la verdadera Iglesia de Cristo. Contribuyeron a su defección diversos abusos y perturbaciones en la Iglesia; la fe estaba entonces debilitada por el Renacimiento. Se han dividido en muchas sectas muy diversas en lo referente a sus doctrinas; favorece esta división su principio antes aludido sobre la interpretación de la Sagrada Escritura. Como una triste herencia han recibido a lo largo de su historia los prejuicios contra la Iglesia católica y principalmente contra el intolerable “totalitarismo” del Sumo Pontífice en el magisterio y en el gobierno. Para la mente protestante formada según sus principios fundamentales, es realmente difícilísimo reconocer el primado del Sumo Pontífice y su supremo magisterio. Ni siquiera las varias sectas pueden conseguir entre sí la unidad de la fe.

Los Ortodoxos están separados de la unidad desde hace ya 900 años. Más aún, ya antes de la escisión la relación con Roma era bastante débil y grande la aversión entre Oriente y Occidente. En estos largos

siglos de división el abismo entre ellos y los católicos se ha hecho más profundo pues vivieron casi sin mutuo influjo y convivencia. Los prejuicios y desconfianzas mutuas han crecido. La idea del Primado se ha oscurecido y en las mutuas polémicas se ha incluso deformado. Los “ortodoxos” admiten generalmente que el cisma es una gran tragedia para la Iglesia de Cristo y contrario a su voluntad explícita. Conservan la fe de los siete primeros Concilios Ecuménicos. Se dividen en Iglesias autocéfalas nacionales; cada una se considera como parte integrante de su nacionalidad respectiva. El cisma pasa de generación en generación como una horrenda herencia y se ha hecho ya como el patrimonio del Oriente. Psicológicamente es muy difícil ahora reconocer el Primado y admitir así que no se ha poseído plenamente la verdad.

3) *Los impedimentos deben ser superados por la verdad y la caridad de Cristo.*

Juan XXIII al hablar del Concilio Ecuménico lo ha relacionado casi siempre con la idea de la reunión de todos los cristianos. Así los ánimos de los católicos se preparan cada día más para desear de todo corazón la unión y son a la vez excitados para ejercer tal apostolado.

1) Pero este apostolado es necesario que sea en realidad un apostolado de caridad. Es decir los católicos sientan, juzguen y hablen realmente de un modo “católico”, profesen un “universalismo” que abrace a los cristianos separados con cristiana caridad. La Iglesia de Cristo no es ni Occidental ni Oriental, sino católica, esto es, ecuménica. Con espíritu de humildad, sin ostentación de superioridad, propongan la fe católica. Estuércense en comprender la mentalidad de los separados. Pues primeramente hay que formar la unidad de los corazones, la unidad en la caridad y de ésta surgirá la unidad de los espíritus en la fe.

Aún entre los cristianos separados el anuncio del Concilio Católico, en relación con la unión, ha tenido en la mayoría de los casos óptima repercusión. Muchos ven en ello una cosa verdaderamente ecuménica que tiene que ver con todos los cristianos. Van reconociendo más y más que la cuestión de la unidad cristiana consiste principalmente en la unión de las otras comunidades cristianas con la Iglesia Romana. El teólogo protestante O. Cullmann, afirma que el problema ecuménico esencial es el problema de las relaciones entre la cristiandad Romana y la cristiandad no Romana (Catholiques et Protestants p. 9 y 10). El teólogo griego Alivisatos, Profesor en la Universidad de Atenas se deleita hablando de la acción que el Espíritu Santo podría ejercer en favor de la unión. Muchos esperan del Concilio declaraciones y actitudes que hagan más fácil la unión con la Iglesia Católica. De algún modo favorece a la unión por lo menos una parte notable de la Jerarquía ortodoxa.

Puede decirse generalmente que entre los separados ya no se profesan juicios tan hostiles, sospechas, y acusaciones contra el Sumo Pontífice, como solía hacerse en otros tiempos. Por lo menos se desea un modo nuevo y amistoso de vivir en relación con la Iglesia Católica. Es difícil sanar en poco tiempo una escisión de tantos siglos. En conjunto el ambiente ya no parece estar tan envenenado como antes; circunstancias propicias parecen ya preparar de algún modo por lo menos un acercamiento con la Iglesia católica. Así se pueden fácilmente buscar ya nuevos caminos y nuevos métodos de reunión.

2) En lo que se refiere al concepto de la Iglesia, que es el punto fundamental de que se trata, hay que

hallar toda la verdad revelada por Cristo; debe ser buscada sin embargo bajo la guía de la caridad sin disputas polémicas. Estas frecuentemente más destruyen que edifican, realizadas sin amor. Hay que investigar afanosamente lo que la Sagrada Escritura y los Padres dicen sobre la Iglesia fundada por Cristo. Se encuentran estos puntos: Cristo instituyó realmente para continuar su misión su Iglesia que es Jerárquica, fundada sobre los doce Apóstoles y sus sucesores; a uno de ellos estableció como a piedra y fundamento de la Iglesia que la sustentó en sus sucesores durante muchos siglos. La Iglesia es indefectible e infalible, de modo que el error no puede corromperla. Es propiamente infalible aquella piedra y fundamento de la Iglesia. La Iglesia se desenvuelve legítimamente hacia una más clara expresión de la doctrina y también en sus instituciones, permanece sin embargo siempre la misma, así como el hombre al crecer permanece siempre el mismo. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Jesús, al que Cristo amará, santificará y conservará hasta el fin de los siglos.

La Iglesia fundada por Cristo de ningún modo ha desaparecido; existe ahora en la tierra, pues la Palabra de Cristo no puede faltar. Es una y jerárquica y no consiste en la actual multitud de "iglesias" independientes entre sí, que difieren frecuentemente en puntos esenciales de la fe. Sólo una de tales iglesias es la verdadera Iglesia de Cristo. Si se consiguiese "cierta unidad" menor entre varias confesiones cristianas ésta no sería la unidad genuina, querida por Cristo; pues así no se tendría la Iglesia fundada por Cristo, una, jerárquica, indefectible. En realidad estas notas competen únicamente a la Iglesia Católica. Así pues la única esperanza de obtener la unidad cristiana consiste en que se mantenga plenamente la comunidad cristiana, que tiene la unidad de fe, de gobierno y de culto, a la que se pueden unir, otras "iglesias", aceptando la misma fe, el mismo gobierno, el mismo culto. Así la existencia actual de la verdadera Iglesia de Cristo hace más fácil, mejor dicho, es la única que hace posible la reunión de los cristianos.

3) En lo que se refiere al punto más difícil de la unión, el Primado del Romano Pontífice es por lo menos digna de mención la sugerencia del teólogo ruso Jorge Florovsky que se esfuerza en manifestar de qué modo las dificultades de las iglesias orientales podrían

tal vez ser superadas. Procede así: "La separación de los Orientales es, antes que nada, un cisma, esto es, la negación del reconocimiento de la jurisdicción universal del Sumo Pontífice. El Concilio Vaticano definió la infalibilidad del Sumo Pontífice, pero fue después interrumpido; así la proclamación de este privilegio apareció como algo aislado, menos aceptable por los ortodoxos. Si el segundo Concilio Vaticano completa la obra del primero, declarando las funciones de los otros miembros del Cuerpo Místico de Cristo, y en primer lugar de los Obispos, entonces el Romano Pontífice con sus privilegios aparecerá más orgánicamente inserto en la Iglesia cuya Cabeza visible es; y esto hará más fácil el acuerdo de los separados." Así este teólogo separado indicó de algún modo a los teólogos católicos el camino a seguir en sus investigaciones; pues es necesario que éstos coloquen a plena luz la verdad de Cristo, pero de tal modo que aparezca más aceptable a los separados. También deben separarse los elementos esenciales del Primado de los accidentales, no necesarios. En estas y semejantes cuestiones, bajo la guía del magisterio eclesiástico hay que proponer la verdad plena, con la máxima caridad para que se haga más fácil a los separados la vuelta a la casa paterna.

Participen especialmente todos los católicos de la esperanza del Sumo Pontífice en lo que se refiere a conseguir la reunión. El conoce bien las grandes dificultades y los graves obstáculos que hay que remover en el camino de la unión, no pierde sin embargo su firme esperanza en la eficacia de la oración del divino Fundador de la Iglesia: Que todos sean una misma cosa. La malicia y debilidad humana causaron la deplorable escisión, sólo la divina gracia, la virtud del Espíritu Santo puede de nuevo instaurar la unidad. Por esto todos los fieles cristianos deben elevar a Dios por esta causa las más fervientes plegarias. Los separados pueden resistir a los medios humanos, incluso a nuestros mejores argumentos y razones, pero no a la acción o atracción divina. Por lo cual es necesario que todos los intentos humanos de unión, que no deben ser de ningún modo despreciados, sean precedidos, acompañados y perfeccionados por una fervorosísima oración.

En esta ocasión se recomienda de nuevo con todo empeño la Sección del Apostolado de la Oración para implorar la unión de todos los cristianos.

INTENCION MISIONAL

«Que una digna celebración litúrgica del Sacrificio del Altar traiga a todas las gentes a la verdadera Iglesia de Cristo».

Para mayor información sobre los obstáculos que se oponen a la unión de los cristianos, recomendamos a nuestros lectores el interesante artículo que publica el Cardenal Agustín Bea, S. I. en el MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS del corriente mes.

AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS A LOS HOMBRES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

(Glosa a la HAURIETIS AQUAS)

Los testimonios que nos ha aducido el Papa Pío XII para probar que aún en las páginas sagradas del Antiguo Testamento se nos reveló Dios como amantísimo de los hombres, con un amor inmenso que es la explicación de todos sus beneficios a la familia humana, nos sirven de invitación para que, atraídos por esos breves ejemplos (pues otra cosa más extensa no cabía en el marco limitado de una Encíclica), nos adentremos nosotros más detenidamente por los prados amenísimos, las florestas hermosas, el paraíso espiritual, que así llaman los Santos Padres a las Divinas Escrituras, y llenemos nuestra alma con la verdad, tan confortante y consoladora, del amor que Dios tiene a los hombres, y que tan espléndidamente se nos muestra aún en los Libros del Antiguo Testamento.

De este modo también secundaremos los deseos de la Iglesia, de que los católicos se aficionen a la lectura del Libro de Dios, y tengan en él su lectura preferente, como nos lo recomendaba el Papa Juan XXIII en la Intención general señalada por él al Apostolado de la Ora-

ción en el pasado mes de noviembre. ¡Ojalá pudiéramos todos decir con San Agustín: "Sean mis castas delicias tus Escrituras, oh Señor!".

Así pues, ya que hemos comentado los pasajes que nos pone el Papa en la "Haurietis aquas" para demostrar la revelación del amor de Dios en el Antiguo Testamento, añadamos siquiera algunos otros pasajes, tomados de los mismos Libros Sagrados, para que más expresamente veamos cómo el amor de Dios a los hombres se manifiesta, aun en aquellos tiempos, previos a la Redención, con inefables muestras de misericordia.

En dos breves grupos podemos encuadrar, y tan sólo por vía de ejemplo, estas manifestaciones de la amorosa misericordia de Dios: las expresiones con que El mismo nos la revela directamente por sus Profetas; y las con fiadísimas plegarias con que los pecadores arrepentidos y aun los que sufrían cualquier necesidad, ya corporal, ya espiritual, acudían al que bien sabían les amaba, y quería remediarles con su bondad y misericordia infinita.

I. EXPRESIONES DE LA AMOROSA MISERICORDIA DE DIOS

Todos somos pecadores, pero Dios es el gran Perdonador; todos estamos llenos de defectos y miserias, parte por la limitación e imperfección de nuestra naturaleza, parte por la astucia del enemigo, parte por la culpa de nuestra libre voluntad; pero Dios es el gran Remediador de nuestras miserias. Este vivísimo contraste resalta a cada paso en los Profetas y en los Salmos.

"¿Por ventura es de mi voluntad la muerte del malo, sino más bien que vuelva de sus caminos, se convierta, y viva?" (1).

"Yo tengo sobre vosotros designios de paz, y no de aflicción; me invocaréis, y Yo os oiré." (2).

"¿Quién de los que falsamente se llaman dioses es semejante a Ti, que quite la iniquidad, y pase por alto la prevaricación? No mantendrá Dios siempre su enojo, porque gusta de la compasión. Volverá a compadecerse de nosotros; hollará nuestras iniquidades, y arrojará en las profundidades del mar todos nuestros pecados." (3). Expresión preciosa, sobre todo, esta última; y cuando uno la oye, y piensa en ella, se dice a sí mismo: ¿y seré yo tan infeliz y tan olvidadizo, que habiendo echado el Señor mis pecados en lo profundo del mar, vaya yo a meterme en el mar, y haciendo oficio de buzo, me empeñe en buscar en sus recónditos y profundos senos los

pecados míos que allá ha arrojado la misericordia de mi Dios, Perdonador? No, mil veces no.

Semejante a esta expresión tan valiente es la no menos gráfica del Profeta Isaías en el cántico del rey Ezequías: "Tras de Ti echaste todos mis pecados" (4). Y la de Jeremías en sus Lamentaciones: "Se compadecerá el Señor de nosotros según la muchedumbre de sus misericordias; pues no humilla ni desecha a los hijos de los hombres. Bueno es el Señor para los que esperan en El, para el alma que le busca" (5). En lacónica y comprensiva frase, por dos veces, el Salmo 58: "Dios mío, misericordia mía" (6). Emocionante también la expresión de David en el Salmo 21: "No menospreció Dios ni mostró fastidio de la miseria del miserable, de la aflicción del afligido" (7). Aun en medio de su justa indignación por nuestros pecados, campea y prevalece su misericordia: "¿Acaso el Señor nos rechazará para siempre, y no volverá a sernos propicio?; ¿acaso se habrá acabado por siempre su favor?; ¿quedará anulada su promesa de clemencia por todas las generaciones?; ¿se habrá olvidado Dios de ser compasivo, o habrá cerrado, en su enojo, su misericordia? (8). "Aun en tu ira, acuérdate de tu compasión" (9). Por esto dice David: "Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras" (10).

(1) Ezech., 1, 23.
(2) Jer., 29.
(3) Mich., 7, 19.
(4) Is., 38, 17.
(5) Lam., 3, 15.

(6) Ps., 58, 11 y 18.
(7) Ps., 21, 25.
(8) Ps., 76, 8-10.
(9) Hab., 3, 2.
(10) Ps., 144, 9.

Y el mismo Real Profeta: "La tierra está llena de la misericordia de Dios" (11).

Mas como la mayor de las miserias es el pecado, se revela el Señor riquísimo en misericordia, al ser el gran perdonador de pecados: "Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas; disimulas los pecados de los hombres, esperándoles a penitencia; y perdonas a to-

dos, porque Tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas" (12).

De diversas y hermosísimas maneras había enseñado el Señor por sus Profetas a que le alabasen y bendijesen de día y de noche; pero ninguna forma de alabanza a Dios más frecuente y reiterada que ésta: "Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (13).

II. PLEGARIAS CONFIADISIMAS EN TODA AFLICCION

II. Plegarias confiadísimas en toda aflicción.

De tal manera grabó Dios, como con buril de fuego, todo esto en el alma de su pueblo, que todos los Libros del Antiguo Testamento están llenos de plegarias, súplicas, peticiones, en las que todo lo invade y lo unge con óleo suavísimo la más firme confianza en la bondad, clemencia y misericordia de Dios.

Son, ante todo, los pecadores arrepentidos los que acuden, segurísimos del perdón, al Padre amantísimo. Como oración para todos los siglos tenemos los llamados Salmos Penitenciales, que son los Salmos 6, 31, 37, 50, 101, 129 y 142. De entre ellos ha sido considerado el Salmo 50, el "Miserere mei, Deus", como el monumento inmortal del alma oprimida por la culpa, y que al exhalar los gemidos de su arrepentimiento, muestra que es todavía mayor su confianza. ¡Cuántas lágrimas se han vertido, y cuántas lágrimas se han enjugado al apropiarse un pecador arrepentido los acentos incomparables de este Salmo! Más breve y no menos conmovedor, es el Salmo 29, el "De profundis", que solemos rezar ante nuestros queridos difuntos, clamando por ellos y por nosotros a la misericordia del Señor. No nos resistimos a ponerlo en nuestra lengua:

"Del fondo del abismo clamo a Ti, Señor;
 ¡Señor, oye mi voz!
 Estén atentos tus oídos
 a la voz de mi plegaria.
 Si te acordares de los delitos, oh Señor,
 Señor, ¿quién subsistirá?
 Pero cabe Ti está el perdón de los pecados,
 para que con reverencia se te sirva.
 Espero en el Señor;
 mi alma espera en su palabra;
 Aguarda mi alma al Señor,
 más que los centinelas la aurora.
 Más que los centinelas la aurora,
 aguarde Israel al Señor,
 Porque en el Señor está la misericordia,
 y hay en El abundante redención;
 Y El mismo redimirá a Israel
 de todas sus iniquidades."

Ni tan sólo en los llamados Salmos penitenciales, sino también en otros muchos, y en innumerables pasajes de

los demás Libros del Antiguo Testamento, mostraron los hijos del Pueblo de Dios su confianza en la bondad y clemencia, en el amor misericordioso de Dios. Y nos dejaron plegarias preciosísimas para todas las necesidades de la vida presente: para las tristezas por la culpa, los peligros de la persecución, las angustias de la opresión, los dolores de la enfermedad, el pavor ante la muerte.

¡Qué tranquila seguridad, qué confianza inconfundible respira el Salmo 24, cuya primera preciosa estrofa ha querido poner la Iglesia en el dintel del Año Litúrgico, en el Introito de la Misa de la Dominica I de Adviento!

"A Ti levanto mi alma,
 Señor, Dios mío. En Ti confío;
 ¡No sea confundido! ¡No se gocen de mí mis enemigos!
 Porque ninguno de cuantos esperan en Ti será confundido."

Y así continúa todo el Salmo con acentos de vivísima confianza.

Y el Salmo 102, ¡qué himno de acción de gracias por las divinas misericordias y por todas las bondades de Dios! Ni menos el Salmo 144, elogio sentidísimo de la bondad misericordiosa del que es Nuestro Padre.

Menos conocido es el Salmo 114, que por su brevedad y su encantadora confianza, podrá cerrar esta serie, aunque incompletísima, de las plegarias del Antiguo Testamento, y que sirven a maravilla para que en todos los tiempos invoquemos al Dios de las misericordias los que "gemimos y suspiramos en este valle de lágrimas":

"Amo al Señor: porque oyó
 la voz de mi plegaria:
 Porque inclinó hacia mí su oído
 el día que le invoqué.
 Cercáronme las cadenas de la muerte,
 y los lazos del infierno se echaron sobre mí;
 caí en angustias y pesares;
 E invoqué el nombre del Señor;
 ¡Oh, Señor, salva mi vida!
 Benigno es el Señor, y justo;
 y es misericordioso nuestro Dios.
 Guarda a los sencillos el Señor:
 fui un desventurado; y me salvó.
 Vuelve, oh alma, a tu reposo,
 que el Señor ha sido bienhechor para contigo.
 Y ya que El ha librado mi alma de la muerte,
 mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída,
 Caminaré en presencia del Señor
 en la región de los vivientes."

(11) Ps., 32, 5.

(12) Sap., 11, 24, 27.

(13) Ps., 135, todo él.

LA GUERRA DE ARGELIA Y LA JERARQUIA FRANCESA

La guerra de Argelia ha planteado a muchas conciencias, una serie de problemas morales relacionados particularmente con el debido respeto a la persona del enemigo, con el deber de obediencia a las órdenes inmorales de los superiores jerárquicos en el Ejército y con la práctica de medios intrínsecamente perversos para asegurar el triunfo de causas justas.

La Jerarquía francesa con la tradicional concisión y profundidad del pensamiento galo, desde 29 de octubre de 1954, fecha de la primera Carta colectiva de los Obispos de Argelia, hasta el 31 del pasado mes de noviembre, en que el Cardenal Feltin, como Vicario General castrense, insistió sobre las cuestiones de moral y derecho relacionadas con la guerra y la paz, ha venido dando respuesta a los ansiosos conflictos en que se debatían tantas conciencias, dando orientaciones válidas ciertamente, pero no solo para católicos argelinos o franceses, sino de la mayor utilidad para la Iglesia universal y particularmente para los países, cada vez en mayor número, en los que abierta o solapadamente, está empeñada una lucha fratricida.

Remitiéndonos a los textos originales, vamos a tratar de exponer seguidamente, algunas de las respuestas dadas a los tremendos problemas de conciencia antes enumerados.

Los métodos policíacos

En todo momento la Iglesia ha mantenido el derecho del Estado, como guardián del orden justo y del bien común, de detener, encarcelar y castigar a quienes son rebeldes a su autoridad y a sus leyes. Pero igualmente ha defendido la necesidad de garantizar los derechos individuales del hombre, como persona, ante los excesos de aquel poder del Estado (1).

El Código de Moral Política de Malinas (2) precisa que el derecho que llama de "seguridad individual", debe "asegurar la libertad del individuo contra las detenciones y castigos arbitrarios" y precisa entre las garantías "el principio de que toda condena debe ser pronunciada siguiendo las formalidades regulares de la justicia, el derecho para el inculpaado de ser juzgado por su juez natural con exclusión de jurisdicciones de excepción, las garantías particulares contra las detenciones y arrestos preventivos, la inviolabilidad de domicilio, el derecho de defensa..."

La tentación del poder, actúa particularmente abusando en la represión de los delitos políticos, como hace notar igualmente el propio Código, cuando afirma que "estos abusos se presentan sobre todo en la represión de delitos políticos y consisten principalmente en privar a las personas de su

libertad por tiempo indeterminado, en someterlas a trabajos que sobrepasan sus fuerzas, en privarles de alimentos..." (3).

Fundamentalmente, la actitud represiva del Estado y sus órganos, atentatoria a la dignidad humana y por ello inmoral y condenada, tiene por base una mentalidad anticristiana que desconoce y niega que el hombre, dotado de libertad, "no es una cosa, no un autómatas cuyo funcionamiento dependiera de un mecanismo incorporado; ni siquiera un puro compuesto de sentidos y de impulsos... que goza de la capacidad de determinarse a sí mismo" (4); el hombre, aun el más degradado y envilecido sigue siendo sagrado y digno, porque no deja de ser "persona humana" y como tal merecedor de respeto.

Pío XII ha precisado que, en contra de los que opinan que los malhechores profesionales no merecen contemplación ni consideraciones, "la seriedad, la dignidad de la justicia y de la autoridad pública, exigen la observancia estricta de normas jurídicas concernientes al arresto del delincuente y de su interrogatorio" (5), precisamente porque la pena debe conducirle arrepentido y expiado, a su puesto en la sociedad, en el camino del bien y de los fines elevados que le presentan la razón y la revelación.

Respecto a las técnicas utilizadas en

"Y con ser tan grande este amor misericordioso de Dios a los hombres (así concluye Pío XII esta sección de su Encíclica), con ser ternísimo, indulgente y lleno de paciencia, aun cuando se indigna con el pueblo de Israel, que va acumulando infidelidades a infidelidades, nunca llega a repudiarlo definitivamente. Se muestra, sí, vehemente y sublime; pero, con todo, no es, en sustancia, sino el preludio de aquella encendidísima caridad que el Redentor prometido había de mostrar a todos con su amantísimo Corazón, y que iba a ser el modelo de nuestro amor, y la piedra angular de la Nueva Alianza.

"Porque, en verdad, sólo Aquel que es el Unigénito del Padre y el Verbo hecho carne, **lleno de gracia y de verdad** (14), habiendo descendido hasta los hombres, oprimidos de innumerables pecados y miserias, podía hacer brotar de su naturaleza humana, unida personalmente con su Divina Persona, un manantial de agua

viva, que regase copiosamente la tierra árida del género humano, transformándola en florido y fértil jardín.

"Y esta obra, del todo admirable que había de realizar el amor misericordioso y eterno de Dios, parece preanunciarla ya en cierto modo el Profeta Jeremías con estas palabras: «Te he amado con amor eterno; por eso te he atraído a Mí, lleno de misericordia... He aquí que vienen días, afirma el Señor, en que pactará con la casa de Israel y la casa de Judá una Alianza Nueva; y éste será el Pacto que yo concertaré con la casa de Israel después de aquellos días, declara el Señor: Pondré mi ley en su interior, y la escribiré en su corazón; y será su Dios, y ellos serán mi Pueblo...; porque perdonaré su culpa y no me acordaré ya más de sus pecados.» (15).

Tras esto se nos va a descender el velo, y vamos a entrar en las magnificencias del Amor de Dios en el Nuevo Testamento.

(14) Io., 1, 4.

(15) Ier., 31, 3 y 33-34.

la guerra, fría o caliente, de razas o de clases, de partidos o de religiones, muy bien ha precisado Pío XII, que "aun en una guerra justa y necesaria, los procedimientos eficaces no son todos defendibles a los ojos de quien posee un sentido exacto, y razonable de la justicia" (6).

"Nunca está permitido poner al servicio de una causa, incluso buena, medios intrínsecamente perversos", dirá en marzo de 1957, la Asamblea de Cardenales y Arzobispos franceses, y en 20 de septiembre del mismo año, monseñor Duval, arzobispo de Argel, señaló que "el contra-terrorismo es una respuesta abominable al terrorismo", exigiendo la observación estricta de normas jurídicas concernientes al sospechoso y a su interrogatorio; en febrero de 1959, el mismo Arzobispo denunció el empleo de "métodos comunistas" por los que profesan luchar contra el comunismo en Argelia.

También en nuestra Patria se han alzado voces contra aquellos inhumanos métodos de investigación denunciados. Así se dice que "si pues no está legalmente permitido el empleo de violencia, cualquier agente o servidor del Estado que hace uso de ella, quizá por exceso de celo, o por falta de moderación, incumple un deber, no solo moral, que gravita sobre su conciencia, sino de mera ciudadanía, convirtiéndose él mismo en infractor de leyes penales que sancionan en todos los Códigos, los malos tratos y lesiones a terceros. Sin que les sirva de excusa la permisón de superiores, cuya autoridad no puede, ni debe admitir lo que ni las leyes sancionan, ni la moral consiente" (7).

"De cualquier lado que vengan, los actos de terrorismo, los ultrajes a la persona humana, los procedimientos violentos para arrancar declaraciones, las ejecuciones sumarias, las represalias que alcancen a inocentes, están condenados por Dios. Incluso para hacer valer derechos legítimos o para asegurar el triunfo de una causa que se crea justa, nunca está permitido recurrir a medios intrínsecamente perversos, cuyo uso, al degradar las conciencias, solo da por resultado, hacer que retroceda sin cesar la hora de la paz. Tales actos comprometen el ejercicio del mando responsable y destruyen, en las conciencias de los subordinados, la legitimidad de la autoridad" (8).

Tanto la tortura—acto por el que

un agente causa un sufrimiento a otro—como la llamada "acción psicológica" (9) persiguen despojar al hombre de su libertad interior, que forma parte de la esencia misma y de la integridad de la persona, para terminar con la resistencia de su voluntad interna personal, para forzar esta resistencia, exasperando la capacidad de sufrimiento de su sensibilidad, con el propósito de arrancar al individuo, reducido a un estado miserable, un informe secreto o una confesión, explotable para un ulterior fin, bueno o malo (10).

Las técnicas de desintegración del hombre además de resultar inmorales, son ineficaces a la larga, pues aparte de ser imposible que una cosa sea útil si no es al mismo tiempo moralmente buena, nada hay que sirva menos a la pacificación de los espíritus, que la injusticia, la arbitrariedad y los excesos de quienes se dice combaten en nombre de una civilización cristiana y superior.

Los inicios de la acción punitiva

Ya Pío XII sentó hace siete años, que "la detención, el arresto, no puede obedecer al capricho, sino que debe respetar las normas jurídicas. No es admisible que aun el hombre más irrepachable pueda ser detenido arbitrariamente y desaparecer sin más en una prisión... La instrucción judicial debe excluir la tortura física y psíquica y la narcoanálisis, porque ante todo lesionan un derecho natural, aun cuando el acusado sea realmente culpable y además porque muy a menudo dan resultados erróneos... la confesión no debe ser forzada sino espontánea; no debe ser arrancada por la fuerza sino voluntaria... (11) y (12).

El Cardenal Feltin, nos dice a este propósito que "el individuo, aun el más decaído, el más degradado o el más vicioso, conserva esta dignidad que nosotros hemos de respetar, aunque no sea más que para obligarle a recapacitar sobre sus hechos. Es la tentación del maldito lo que desea destruir estos valores" (13).

Y en la misma Pastoral, afirma también, "las operaciones de policía no son y no deben nunca ser operaciones de justicia. Un sospechoso no es automáticamente un culpable. El culpe de justicia que deben tener conciencia

pable debe ser entregado autoridades de sus responsabilidades", y más adelante: "Si es preciso no confundir rudeza con tortura, es preciso recordar que todo lo que tienda a desintegrar la persona humana, en lo físico o en lo moral, no será nunca admisible para una conciencia cristiana" (14).

Hemos intentado trasladar a estas líneas algunas muestras de la forma en que el Episcopado francés ilustra a sus fieles, mostrándoles como, lo mismo en el Ejército que en la policía o en el partido. "ninguna instancia superior está autorizada para mandar un acto inmoral; no existe ningún derecho, ninguna obligación, ningún permiso, para realizar un acto inmoral en sí, incluso si es ordenado, incluso si la desobediencia de actuar, implica los peores daños personales" (15).

Más adelante insistiremos en algunos aspectos particulares de la acción represiva, puesto que consideramos el tema de indispensable conocimiento, así como de las responsabilidades colectivas que alcanzan a quienes, pudiendo en alguna forma, no se oponen a la realización de las inmorales prácticas denunciadas.

J. M. MARTÍNEZ-MARÍ

(1) y (2) Cfr. *Código de Moral Política*. Malinas, 1957, edit. Spes, París, pág. 109.

(3) Obra cit., núm. 88, pág. 112.

(4) Pío XII. Discurso a los participantes en la Asamblea de la Comisión Internacional de Policía Criminal, de 15 de octubre de 1954. Cfr. *Anuario Petrus*, ed. Atlántida, Barcelona, 1954, pág. 131.

(5) Pío XII, discurso citado, pág. 132.

(6) Pío XII. Alocución al Congreso Internacional de Derecho Penal, de 3 de octubre de 1953. *Colección de documentos Pontificios*. Edit. Cristiandad, Barcelona, 1953, pág. 270.

(7) Cfr. *Ecclesia*, Madrid, 18 de junio de 1960. Artículo editorial.

(8) Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia, en 12 de octubre de 1960. Confróntese en *Informations Catholiques Internationales*, París, 1 nov. de 1960.

(9) Cfr. *Chroniques Sociales de France, l'action psychologique devant la conscience chrétienne*. París, 15 abril 1959.

(10) Puede extensamente verse tratado el tema, en la obra de J. Vialatoux *La repression et la torture*. París, 1957.

(11) Pío XII. Alocución del 3 de octubre de 1953, ya citada.

(12) El acto de torturar envilece y degrada a la persona del torturado como a la del torturador. Es necesario tener igual compasión por lo menos para el torturador que para el torturado. Cfr. Vialatoux, ob. cit., pág. 66.

(13) Pastoral ya citada, del 1 de noviembre último. Cfr. en *Informations Catholiques Internationales*, núm. 132 del 15 octubre 1960.

(14) Idem.

(15) Pío XII, en el Congreso I de Derecho Penal de 3 de octubre 1953, ya citado.

HISpanoAMERICA, CAMPO PROPICIO PARA LA REVOLUCION

Consolidada la experiencia comunista en Cuba bajo el régimen de Fidel Castro, asistimos ahora a una bulleante pululación de otros focos revolucionarios en Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Venezuela, Bolivia y amenaza de difusión a otros países hispanoamericanos.

El peligro es tan grave que Guatemala y Nicaragua se disponen a solicitar la aplicación del "Tratado de Río", alegando que existe una grave amenaza de agresión contra sus respectivos países. El Pacto de Río es el Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca firmado en Río de Janeiro en 1947, con el fin de resolver cualquier disputa entre una República y otra. Guatemala y Nicaragua acusan a Cuba de responsabilidad por los levantamientos en ambos países. En virtud de este Tratado invocado, si el Consejo de la Organización declara culpable a Cuba podría, por dos tercios de mayoría, solicitar una suspensión de relaciones diplomáticas y la imposición de sanciones económicas a este país. El Departamento de Estado norteamericano anuncia entre tanto que Cuba ha recibido 28.000 toneladas de armas desde los países comunistas y expresa el temor de que tales armas puedan ser utilizadas para derrocar a otros gobiernos hispanoamericanos. Entre las armas recibidas—se dice—figuran 8 aviones "Mig", fusiles automáticos, ametralladoras, cañones y morteros.

El gobierno norteamericano y "con el fin de impedir que el régimen de Fidel Castro promueva revoluciones en Hispanoamérica", ha movilizado buques de guerra y aviones que patrullan por las aguas del Mar Caribe con la orden de disparar si fuera necesario para evitar que fuerzas invasoras ataquen a dos países de la zona, Guatemala y Nicaragua. La decisión norteamericana ha sido denunciada por el régimen de Castro y por Moscú, calificándole de "intervención yanqui" sin aludir para nada a que ha sido tomada a peticiones de los gobiernos amenazados y que está dentro del espíritu y de la letra del derecho internacional. No podemos pasar en silencio una información del New York Times", según la cual la Unión Soviética ha aconsejado "prudencia y moderación" al gobierno de Fidel Castro, no sabemos si porque Moscú prefiera otros métodos de actuación, porque quiere mantener buenas relaciones con algunos países sudamericanos o porque simplemente no puede consentir libres iniciativas en un satélite político.

Agotado con lo expuesto al lado más anecdótico y candente de la situación, voy a describir un panorama geopolítico que quizá ayude a comprender el por qué de la preferencia actual de Rusia por Hispanoamérica, la frecuente erupción de revoluciones en aquellos países y el sentido social y antinorteamericano que tienen casi todas ellas.

Hispanoamérica, un continente en fermentación

El primer hecho impresionante con que tropezamos al estudiar la estructura social de los países hispanoamericanos es el elevado ritmo de crecimiento demográfico que, si en el siglo pasado fue ya excepcional, en los últimos años sigue acelerando su ritmo. De un promedio de 18,6 por ciento de crecimiento en el período 1930-1934, pasó a 24,2 por ciento en el período de 1950-54 y en la actualidad es la región del mundo con ritmo más elevado de crecimiento demográfico. El incremento de la población entre 1950 y 1954 representó un promedio anual de unos 4 millones de habitantes, lo que suponía el 10 por ciento del incremento total mundial en este mismo período, a pesar de que la población de Hispanoamérica sólo constituía el 6,5 por ciento de la población total del globo. En suma, la tasa de crecimiento hispanoamericano es de 24 por ciento, frente al 16 por ciento que es la tasa de crecimiento demográfico mundial. Este vertiginoso desarrollo ha hecho que la población total de la región pasara de 155 millones en 1950 a 180 millones en 1956 y que desde 1920 la población total se haya duplicado. Este fenómeno de "explosión demográfica" tiene un sentido social y económico muy significativo: no solo llegan a intervenir nuevas fuerzas con juvenil impulso, sino que se crean nuevas necesidades educativas, económicas y de toda índole, que empujan y amenazan con hacer estallar las viejas estructuras sociales.

Es evidente que en Hispanoamérica asistimos actualmente al proceso de elevación de las masas populares al plano de las decisiones políticas superiores, que hasta hace poco estaban reservadas a estrechas y distanciadas minorías oligárquicas. En algunos Estados las decisiones políticas superiores estaban vinculadas a grupos de familias muy poderosas y la tendencia actual en todos estos países marcha hacia una radical socialización del poder político. Las raíces de esta situación parten del momento mismo de

la independencia de los países hispanoamericanos. Entonces hubo algunos intentos revolucionarios de contenido social que fracasaron mientras los de contenido político llevaron al triunfo. La no coincidencia de estas dos revoluciones hizo que tras de la guerra de la independencia se formaran multitud de Estados teóricamente independientes, pero que a pesar de una situación social y de unos impulsos reivindicativos coincidentes, todo el movimiento no pudiera cuajar en una gran potencia mundial sobre bases federales. Por otra parte, en el Imperio español las únicas riquezas que contaban eran la tierra y le oro—la tierra para las minorías y el oro para el Estado—. Los talleres, la artesanía y la incipiente industria constituían actividades menospreciadas. Eran el oro y la plata los soportes de la riqueza del Estado. Ahora bien, esta riqueza estaba muy injustamente repartida, y con el paso del tiempo sirvió para que la aristocracia de los poseedores del oro y la plata pudieran adquirir también la tierra, frecuentemente arrebatándola a las comunidades indígenas. Como los productos de estos latifundios no tenían mucha venta en la península y la Corona se contentaba con cobrar en oro y plata sus impuestos para alimentar así las empresas políticas europeas, la metrópoli no supo utilizar las riquezas de la tierra para un desarrollo económico que habría significado la elevación del nivel de vida de la población.

Los terratenientes criollos de América no podían exportar a España sus productos, porque España no tenía capacidad suficiente de consumo. Fue, pues, lógico que estos terratenientes buscaran la manera de mantener relaciones con otras potencias que pudieran consumir sus materias primas y así se convirtieron los estancieros criollos en poderosos y ricos exportadores.

Se comprende así que se constituyeran pronto grandes empresas económicas norteamericanas, alemanas, británicas y de otros países para desarrollar la producción de materias primas de Hispanoamérica. En 1939 se decía en "The Statics": "Es necesario no perder de vista que la actual economía argentina es la consecuencia de una acción deliberada de la Gran Bretaña. En el siglo pasado nuestros banqueros y comerciantes llegaron a la conclusión de que los productos alimenticios que antes obteníamos en su mayor parte de los Estados Unidos resultaban anormalmente caros. Se preocuparon entonces de encontrar un país que pudiese suministrarlos pro-

ductos a precios más baratos. En las llanuras del Plata encontraron ese país... Económicamente, la República argentina, es hoy en gran parte, lo que nosotros hemos querido que ella sea". Tan cierto es esto que un vicepresidente argentino asintió en Londres a la frase de que "económicamente, la Argentina forma parte del Imperio británico". Las sociedades de explotación en los países hispanoamericanos han actuado en forma oligárquica, imponiendo a la vida política de estos países un sello claramente colonial. Estas oligarquías vienen disponiendo de la población como "mano de obra barata" para las plantaciones y los ranchos, y en estas condiciones se suma cualquier posibilidad de democracia verdadera en la que el pueblo cuente y pueda decidir. Incluso la pre-burguesía de la incipiente industria ha tenido que desarrollarse precariamente ahogada por la invasión de productos europeos. En el campo se invertían grandes capitales para adquirir a precios muy bajos vastos latifundios y levas inmensas de campesinos desheredados, indígenas desposeídos se transformaban en masa de peones que a veces solo cobraban una escasísima alimentación. Como consecuencia de este estado de monopolio oligárquico sobre la vida política, social y económica de Hispanoamérica, la vida de estos pueblos transcurre en una estructura colonial sin apenas burguesía nacional y con el pueblo silenciado para la vida política. No hay que decir más para comprender el fermento explosivo que representa en estos ambientes una campaña de reivindicaciones políticas y económicas, como la que hábilmente saben propagar los agentes de Moscú.

Los países pobres de América

En verano pasado decía Méndez France en un discurso pronunciado en Santiago de Chile lo siguiente: "El principal error de Occidente ha consistido, con frecuencia en apoyar en el Poder a los elementos reaccionarios, feudales y privilegiados en las naciones subdesarrolladas, en lugar de favorecer a los elementos jóvenes, fuerzas de progreso únicas capaces de servir verdaderamente una política de transformaciones y de reformas. Los ingleses han mantenido durante quince años en Irak a Noury Saïd y los Estados Unidos han hecho igualmente con Batista en Cuba. Esto únicamente ha producido un retraso en aconteci-

mientos que eran inevitables..." "He seguido durante muchos años—añadió Méndez France—los trabajos de la Comisión Económica para la América latina, y si allí se habla de tractores y petróleo, también se habla de régimen fiscal y agrario, de la propiedad de las tierras, relaciones de colonos y grandes propietarios, es decir, de problemas políticos. La resistencia de las clases privilegiadas a las reformas necesarias, demuestran claramente que se plantean siempre problemas semejantes. En Túnez, Bourguiba ha comenzado por la reforma agraria; era la condición imprescindible para el progreso agrícola".

Y no suponga nadie que el remedio puede venir de una ayuda económica más o menos cuantiosa a esos países. Las medidas de desarrollo económico requieren un cuadro institucional adecuado y posiblemente no se alcance sin pasar antes por graves conflictos, interiores en un principio al enfrentarse las nuevas medidas con los intereses particularísimos de los detentadores de los privilegios, y conflictos exteriores entre los dirigentes progresistas de los países pobres y los políticos capitalistas que se aprestan a racionalizar y a mixtificar sus intereses mediante consideraciones aparentemente filantrópicas y científicas, pero siempre a sueldo de las grandes empresas. Esto se patentiza a veces cuando se trata de defender las inversiones extranjeras o los programas de asistencia a las zonas poco desarrolladas, programas en los que puede esconderse el interés devastador de una economía rapaz.

Son impresionantes los datos que ofrece el profesor Josué de Castro, exdirector de la FAO, en su libro "Geografía del hambre": "El cultivo intensivo de la caña de azúcar en el Noroeste del Brasil es un buen ejemplo. En otros tiempos estas tierras figuraban entre los suelos tropicales más fértiles. El clima era favorable a la agricultura y la región había llegado a estar cubierta de una vegetación forestal extremadamente rica en árboles frutales. Hoy, la industria azucarera autodestructora todo lo absorbe: ha despojado de vegetación toda la tierra disponible y la ha cubierto enteramente de caña de azúcar. Consecuencia: la región se ha convertido en una más del continente donde las gentes mueren de hambre. Antes, un cultivo diversificado permitía obtener una infinita variedad de alimentos. Ahora ha surgido un problema

de subsistencia extremadamente difícil de resolver, debido a que no se puede ya cultivar frutos ni legumbres, ni criar ganado". El sistema de monocultivo a que se han sometido muchas regiones de Hispanoamérica, reservándose unas a la minoría, a las plantaciones de café, de azúcar, de tabaco o de cacao, ha provocado la ruina de numerosas poblaciones indígenas. Esta especialización económica es fatal para algunos países, como El Salvador, que apenas produce más que café y Honduras que no exporta más que plátanos. En Cuba asistimos a la dramática situación que crea el casi monocultivo del azúcar. En muchos países centroamericanos estos monopolios de los latifundios en régimen de monocultivo pertenecer a sociedades como la "United Fruit Company" y a la "Atlántica del Golfo". Luego vienen ejemplos irritantes en muchos de estos países donde inmensas fortunas están al servicio de unos pocos. En Cuba concretamente, bajo el régimen de Batista, los potentados de la Habana creían que 5.000 dólares era una cantidad discreta para gastarse en una fiesta infantil y era frecuente gastar 10.000 dólares para celebrar la entrada en sociedad de una señorita. En la República dominicana una sola persona ha obtenido beneficios anuales por valor de 5 millones de dólares, por la tierra y las empresas de que es propietario.

Con lo expuesto quiero señalar que "no está dicho todo—sino más bien casi nada"—con indicar que los agentes comunistas o los grupos de revolucionarios expedidos desde La Habana están provocando revoluciones y disturbios en los países hispanoamericanos. El problema tiene mayor hondura y, naturalmente, no se resuelve tampoco con la simple presencia de una poderosa flota norteamericana en las regiones amenazadas para impedir la agresión. El proceso a que asistimos es en lo político una radical socialización del poder político y en lo económico la conmovición de caducas estructuras oligárquicas que ya no pueden contener el impulso vital de estos pueblos, donde nuevas promociones de seres humanos reclaman su legítimo derecho a un puesto en la vida. En suma, que hay pendiente una revolución económica y social previa a cualquier intento de estabilización política. Cualquier experimento que deje de lado esta substantiva realidad, pecará de frívolo, de injusto, y en todo caso, de inútil y estéril.

DOMINE SALVA NOS PERIMUS

Perspectivas inmediatas

Estamos en el umbral de 1961. Miramos hacia el futuro. Nuestra mirada pasa primero por los probables acontecimientos próximos, luego tratará de vislumbrar los posibles más lejanos.

De cada año suele decirse, al empezar, que será año decisivo y trascendente; aun cuando lo pensásemos, para no incurrir en vulgar reiteración, no le asignaríamos esos calificativos a 1961, pero no cabe duda se los merece mucho más que otros que le precedieron.

África en ebullición. La América hispano-lusitana con creciente cosquilleo comunista. Asia sigue con sus ininterrumpidas peleas, más o menos locales, en varios países, Europa dividida en su conjunto e inquieta en el detalle. Y en la América sajona un nuevo Presidente.

El peor elogio

¿Qué pensaría el pobre Monroe si viviera en nuestros tiempos!

¿Cuán lejos está aquella época en que se podía pensar como viable que un gran país quedase encerrado y aislado sobre sí y para sí!

Con dinero invertido por doquier; con escuadras que patrullan por los cuatro puntos cardinales y con bases, unidades y colonias para-militares repartidas por todo el mundo, Norteamérica se halla lo más lejos imaginable del aislamiento.

Servidumbre de gran potencia, en cuyos nervios políticos repercute necesariamente cualquier sacudida que se produzca aún en el más remoto lugar del mundo. Respecto de ella pudiera decirse que la misma distancia política hay desde Cuba que desde el Tibet.

Por eso su vida nacional, necesariamente se hace internacional, y la elección o designación, pues de ambas cosas tiene, de un nuevo Jefe del Estado, afecta e interesa tanto al norteamericano como al ciudadano consciente de cualquier otro país.

El nuevo Presidente ya está elegido. Cual haya de ser su política, sus innovaciones y modos de gobernar, el tiempo lo dirá. En general se espera con un cierto temor y recelo. Absteniéndonos de enjuiciarlo anticipadamente, queremos recoger la opinión sobre él emitida por conocida publicación de Nueva York. Le designa jubilosamente como "Un nuevo Roosevelt".

No cabe duda de que es el peor elogio que se le ha hecho, casi diríamos, en realidad, el mayor insulto.

Lo ilógico y lo inconsecuente

Kruschef, Kennedy, Cuba, Argel, Congo, Tibet o Laos, son datos vivos e inmediatos; son referencias de un mundo que cruje y se resiente, porque algo profundo falla en él; un mundo que, sin caridad, sin lógica y sin fe, camina hacia el abismo irremediablemente. Si hubiese caridad, lógica y espíritu, nada significarían aquellos nombres. Pero no lo hay; no hay amor, sino creciente odio y envidia. No hay espíritu, sino progresivo materialismo y degradación. No hay lógica y ecuanimidad, sino sectarismo.

¿Por qué se ha de considerar a tipos como Pandit Nehru que piensa de una manera para Cachemira y de otra para Hungría; que se indigna con China si se mete en estériles zonas fronterizas y en cambio la secunda cuando aprueba la opresión rusa de Hungría y Polonia?

¿Por qué ese mismo Nehru, y toda la serie de nehrus que hay por el mundo, se preocupan tanto del trato que se dé al ex presidiario y filocomunista Lumumba, y en cambio no se molestaron por los misioneros martirizados, las mujeres violadas y otros jefes agredidos, mutilados y hasta asesinados?

¿Por qué si dudosísimos miembros de un jurado Nobel o Goncourt se deciden por un comunista, un filocomunista o un ateo, todos lo encuentran bien, callan y aplauden, y en cambio si lo hacen por alguien a quien, real o falsamente, se tacha de nacionalista, se arma tal revuelo que los mismos electores hacen públicas retractaciones de su elección y se obliga a renunciar al elegido?

¿Por qué, en fin, las fuerzas del mal siempre gritan, chillan, increpan y se imponen, y en cambio las fuerzas llamadas del bien, ni gritan, ni chillan ni increpan ni menos se imponen?

Porque aquéllas tienen un móvil y un fin, malo si se quiere, malísimo, pero en el fondo son idealistas; del ideal de la destrucción, pero idealistas; en cambio éstas, cada vez más saturadas de materia y sensualismo, de comodidad y de placer, van quedando sin ideal y sin fin, sin más deseo que proseguir en el cada día más cómodo y placentero saboreo de la materia.

El idealismo es dinámico y el sensualismo estático. En un mundo que

avanza, la dinámica siempre vencerá a la estática.

La decadencia de Occidente

Se objetará que el comunismo es un sistema y no una ideología propiamente dicha. Puede que sea una ideología mixtificada, una pseudo ideología, pero por las razones que sea llega a crear una mística que impulsa, mueve y actúa como tal.

Algo hay, algo tiene que haber de mística o pseudo-mística en el comunismo para que tantas gentes, aparte la fuerza y la opresión lo sigan voluntariamente; para que quienes como el diplomático inglés McLean, de cómoda posición social y familiar, tan lejos del concepto de desheredado, del hambriento desesperado, dejen su situación y su suelo para irse a servir a esa pseudo-mística.

Mientras tanto el Occidente carece de mística. Su única mística se diría que es el más nuevo y mejorado televisor, nevera, transistor o automóvil. Materia y comodidad, en suma, cuyas ansias de disfrute pueden impulsar al robo o a la estafa, pero no a elevar el espíritu, ni a movimientos de esfuerzo y sacrificio.

En lo político cada vez más dividido, pese a las apariencias. En lo moral cada vez más degradado, y casi sin espíritu, esa es la decadencia de Occidente.

¿Cuál sería su única salvación?, pues lo contrario de lo que lo hunde: Fe cristiana, que es espíritu, como opuesta al materialismo; y caridad, fuente de amor y unión, en contra de la división.

Mirando más lejos

En forma exclusivamente humana y natural, pensemos en un futuro más o menos remoto: ¿Qué posibilidades se vislumbran para ese Occidente?

Sería cerrar los ojos a la realidad si negásemos que el comunismo avanza de manera cierta y decidida. Entendamos por comunismo: La pseudo-mística que lleva a una *dictadura estatal y atea con eliminación de la propiedad privada y de los demás derechos del hombre*.

El mundo marcha hacia el comunismo. ¿Qué opone Occidente al comunismo? Prácticamente nada; su debilidad y sólo su debilidad.

Si Occidente no hubiera sido débil no hubiera dejado prosperar a un Nasser, que con sus dobleces, maneras y veleidades rusas hizo posible primero el regicidio del Irak y luego creó escuela para los Khrushch

y Lumumbas africanos. Y no habría tolerado, más propiamente y para más evidencia de incapacidad debemos decir apoyado, a un Castro que, en plazo más o menos largo, haría posibles otros Castros americanos.

Por si no fuese bastante la actividad de la URSS en Sudamérica, con su más exaltada actividad comunista, la China la viene siguiendo y hasta superando. China se empieza a sentir ya lo suficientemente fuerte para acordar préstamos, entregas de dinero, envío de misiones, instructores y cuanto haga falta. Tal es el ascendiente que está adquiriendo China, que se da el caso de que en el reciente Congreso comunista de Moscú, la casi totalidad de representantes de los comunismos sud y centro americanos, votaron al lado de China y frente a Rusia en los puntos discrepantes.

Dos suposiciones

En general, la profecía está fuera del alcance humano; humanamente apenas pueden hacerse meras conjeturas en política internacional, y aún así, sujetas a probables errores.

Pero no por eso se puede dejar de pensar y de tratar de vislumbrar lo que pueda reservarnos ese futuro.

Occidente tiene el problema de un Oriente comunista, incluida Rusia, que poco a poco le va ganando terreno, se lo va minando, y con muchas probabilidades acabará por tomárselo totalmente.

Sin guerra bélica, valga la redundancia, el comunismo avanza, y por eso no necesita de esa guerra que antes preconizara como inevitable.

Pese a los esfuerzos que se haga, en la vía dialéctica e ideológica, todo parece indicar que Occidente no tiene probabilidades de derrocar o ayudar a derrocar los regímenes comunistas. Desde el momento en que éstos progresan es señal de que aquél retrocede.

Llegamos así a la paradójica conclusión de que Occidente, si no quiere que la infección comunista le domine totalmente, ha de considerar como sola posibilidad salvadora la bélica. A ese Occidente que siempre habló de paz y de pacifismo, siempre humanamente hablando, para atajar el mal no le quedaría más recurso que la guerra.

Ante ella surgen para Occidente dos posibilidades: Una guerra contra Rusia o una guerra junto a Rusia. Parece absurda la segunda suposición, pero es así.

Veamos el primer supuesto. Una guerra contra la URSS, aunque la proporción de armas nucleares fuera favorable a Occidente, sería tan atroz

y devastadora que habría que pensarlo mucho, al poner en peligro la propia subsistencia.

Para hacerla más fácil y tentadora, supongamos que llegase a realidad un arma secreta que, mediante emisión de ondas especiales, lograda en amplísimos radios de acción neutralizar, anulándolos, los campos electromagnéticos existentes en el sector barrido por aquellas ondas. Quiere ello decir que, una vez *tratados* por las ondas, dejarían de funcionar los automóviles, aviones, tanques, estaciones detectoras de radar, ascensores, calculadoras automáticas, etc. Prácticamente quedaría totalmente paralizada e inermes la posibilidad defensiva.

En esas condiciones el avance podría ser poco menos que un paseo militar para un atacante que conservaría intactos sus medios ofensivos.

Imaginemos plenamente logrado el objetivo: las tropas occidentales habrían ocupado los territorios dominados por la URSS. Quedarían liberadas Polonia, Hungría, Rumanía, Lituania, etcétera. Pero, ¿y Rusia? ¿Podría también hablarse de liberación?

Considerando que un mínimo de discernimiento y memoria de la política no se da hasta los seis o siete años de edad, habiendo triunfado la revolución rusa en 1917, quiere decir que prácticamente todos los ciudadanos de menos de cincuenta años, en Rusia, no han conocido ni vivido otra situación que la actual. Decir hasta cincuenta años quiere decir el 75 por ciento de la población total y más efectiva.

Dado el abúlico temperamento eslavo y que, aun cuando fuese intrínsecamente mala, para ellos puede ser buena o cuando menos normal la situación política actual, no se sentirían entonces *liberados*. No teniendo sensación de alivio, de mejora, de liberación en una palabra, para ellos los liberadores occidentales no serían sino meros ocupantes, con todos los odios, aversiones, resistencias y ansias de retorno a lo anterior que implica toda ocupación. De no existir una fuerte dominación militar tenderían a levantarse para recuperar su anterior situación, aunque ésta fuese el comunismo.

¿Qué se habría conseguido en consecuencia? Nada.

El comunismo es una forma de imperialismo como otra cualquiera y, una vez lograsen recuperarse y expulsar a los invasores, o una vez se retirasen éstos estimando cumplida su misión, seguirían con la política de proselitismo dominador que les pudiera llevar al control del mundo. Eso o una ocupación por espacio de treinta o cuarenta años, a todas luces inconcebible en tan inmenso territorio.

El segundo supuesto

Pasemos ahora a analizar el segundo supuesto.

Occidente para anular a Rusia podría pensar en valerse de China.

El país de mayor población del mundo y de mayor crecimiento demográfico, con una cuarta parte de los habitantes del globo, con su dogmática cerrada, intransigente y activa, con el dominio total y esclavizante de sus ciudadanos, el día que cuente con una poderosa industria y luego con una suficiente cantidad de armas ofensivas, sentirá la característica ansia de expansión y dominio.

Para ese momento China tendría ya bajo su férula a la mayor parte de los países sudasiáticos, convertidos al comunismo por sistemas que llamaríamos normales, actualmente en ejecución.

Le restaría para extenderse, por un lado el Japón superpoblado y explotado, y por el otro las inmensidades ricas y poco explotadas de Siberia y Rusia. La URSS vendría siendo además el único obstáculo para su supremacía doctrinaria.

Consecuentemente China deberá volcar su potencial bélico y demográfico hacia su Occidente, hacia la URSS. Puede haber una etapa intermedia de tanteos y concesiones, en la que por ejemplo China reclame la Mongolia y le sea concedida, pero luego vendría la guerra.

Llegado el caso bélico, tras haber alcanzando el suficiente grado de industrialización con la actual ayuda de Rusia e Inglaterra, declarada la guerra por China, Rusia en plazo más o menos breve reclamaría el apoyo de Occidente para aplastar al coloso chino.

A Occidente le sería grato ver aniquilados, en territorios rusos y chinos, a los dos enemigos ideológicos, políticos y económicos, por lo que no tardaría en sumar sus armas atómicas a las de los otros.

Resultado: aun suponiendo que esas armas nucleares solo cayesen en tierras de aquellos dos contendientes, el empleo intensivo de esas explosiones podría crear un ambiente radiactivo letal para toda la humanidad, o, cuando menos, tan terriblemente nocivo que prácticamente haría difícil la subsistencia.

¿Otra alternativa?

Hemos visto como, por una parte, en el actual estado de cosas, el mundo parece ir a ciencia cierta hacia el comunismo, del que es difícil consiga librarse por los medios humanos hasta ahora desarrollados.

De no ser ese comunismo lentamente

VINTILA HORIA Y LOS ESCRITORES EXTRANJEROS EN LENGUA FRANCESA

¿Es una novedad—puede preguntarse el lego en temas literarios—esa aventura estética de un extranjero, ajeno por su raíz y aun a veces por sus ramas y su desarrollo, a la lengua de Francia, que de pronto se encuentra con el francés como un instrumento dócil y amoroso, moldeado por sus manos?

Un artículo de Antonio Viglioni, que he leído recientemente en "La Voz de España", de San Sebastián, sitúa históricamente—en el amplio campo de la Historia Literaria—el caso de Vintila Horia dentro del de las letras francesas. "Vintila Horia—observa—, escritor rumano que residió en España (fue colaborador en importantes revistas culturales), ha ganado este año el Premio Goncourt, ese galardón literario sin desvalorizar, acaso el único que lleve todavía el mensaje de un autor a todos los puntos de la rosa de los vientos. Y Horia ha ganado el premio después de reñida lucha con escritores franceses de obra ya crecida, con público adicto, gente que edita en la casa Gallimard y se sabe al dedillo el 'savoir faire' de la vida literaria de París."

Se siente uno tentado a creer que el dominio de la lengua es otra cosa: algo más radical, más entrañado y profundo, y que el escritor—el escritor cálido y apasionado, el que tiene muchos secretos que contar y muchas llamas y brasas que esparcir a su alrededor—podrá conservar esas llamas, esas brasas, bajo un rescoldo de lengua, que no tendrá toda la impecable y estricta pureza del idioma. Pero eso que ha valido para explicar—erróneamente—algunos casos de la Historia Literaria, no sirve para "*Dieu est né! exil!*", de Horia, escrita en un francés purísimo.

No es, sin embargo, el de este rumano caso aislado. Tenemos toda una tradición europea de la lengua francesa. La lengua francesa ha podido hacer soñar alguna vez con una unidad cultural de Europa. Y así, como observa Viglioni, en el siglo XVIII la Academia de Ciencias de Berlín, idea un concurso que gana el conde Antoine de Rivarol, con un texto titulado "Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa". Conviene advertir que Antoine de Rivarol no era francés de pura cepa. Rivarol era de origen piamontés. Inauguraba la tradición de aquellos escritores de sangre y a veces de cultura italiana, que tributan homenaje al francés.

Las campañas napoleónicas produjeron una doble reacción de entusiasmo o encono. Pero lo cierto es que media Europa había aprendido el francés por odio o por simpatía a Napoleón, y en los salones literarios de Viena o de Varsovia resplandecen los motivos literarios mecidos en su nacimiento y desarrollo por la musa de la Galia.

El siglo XIX significa un jalón de importancia la univer-

salización de la cultura francesa. Escritores de lengua eslavá, germana o latina—escritores extranjeros—se refugian en París, se asimilan dócilmente a las formas de la cultura y de las letras de su nueva patria. Las raíces extrañas cobran a menudo extraordinaria vitalidad.

No es menester recordar a Emilio Zola. El pontífice del Naturalismo—que recibió los dardos acerados de la crítica de Brunetiére—, aunque era de origen italiano, nació y vivió en Francia: su lengua materna era por lo tanto la francesa. Y en el mismo caso se halla Jean Giono. Pero la sorpresa surge ante casos como el del contemporáneo Julien Green. Norteamericano, Green es uno de los más notables escritores franceses de estos días. Henri Troyat, de origen ruso, que tiene al Larousse" como libro de cabecera, es un excelente escritor.

Ha habido también escritores bilingües. Gabriel d'Annunzio, alcanzó cumbres de estilo en sus obras francesas. Y Curzio Malaparte—aunque no con tanto éxito como el anterior, escribió buenas obras en francés, sobre todo teatrales. Papini intentó escribir una obra en lengua francesa; pero los achaques de sus días más difíciles le impidieron realizarla.

Ante estos ejemplos—que evoca Antonio Viglioni—y que culminan en el éxito sin precedentes de Vintila Horia, cabe preguntarse si a un escritor le es posible dominar con idéntico acierto, con la misma sustancia y pulso, dos lenguas a la vez, como el auriga que conduce un carro con dos caballos. Para Viglioni, esa coexistencia, ha de mermar forzadamente al escritor, y su obra en una lengua ha de aparecer menoscabada.

Es ésta, a mi entender, tesis perfectamente discutible, y no es menos errónea que la de quienes temen que el estudio de varios idiomas origine una confusión y un embrollo. Si el conocimiento de una lengua—conocimiento, claro, filológico, científico—no se embaraza, sino que se enriquece por el trato con otra, no creo que exista una barrera que imponga unas fronteras lingüísticas o nacionales al talento creador.

Querría recordar ahora, por lo menos, dos cosas. Primero el ejemplo de escritores de nuestro país, como Eugenio d'Ors o Juan Estelrich—que escribieron excelentes obras en francés—. ¿Pero acaso no es un bilingüismo literario—de fruto—el que practicó Maragall, autor de poesías en catalán y de artículos y ensayos en lengua española? Acaso la coexistencia literaria de dos lenguas, aun cuando se hablan dentro de las fronteras del mismo país, no es un ejemplo esclarecedor, digno de atención, merecedor de estudio?

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

te infiltrado y progresivamente extendido, por la otra parte queda la alternativa bélica, que o no resolvería nada, o, bien por destrucción directa bien por impregnación radiactiva, podría aniquilar a la mayor parte de la humanidad.

¿Qué cabe hacer? ¿La desesperación?

Hasta aquí nos hemos movido dentro de humanas previsiones. Pero las humanas previsiones pueden diferir totalmente de los divinos designios. Lo que para el hombre parece inevitable para Dios es mero episodio.

La oración con fe puede muchísimo más que todas las armas atómicas

juntas y todos los partidos comunistas confabulados.

Ante un mundo que marcha hacia el comunismo ateo, solo un freno puede detenerlo: Una fe cristiana viva, ardiente, ejemplar y dispuesta al sacrificio; una fe y una caridad como la de los primitivos cristianos que, infirmos y sin armas, se opusieron a todo un Imperio, el más poderoso Imperio existente entonces, y le vencieron.

¿Es la humanidad capaz de ese esfuerzo, o merece el castigo?

Para el individuo la muerte es la frontera entre el reino de la misericordia y el de la justicia. Durante la vida se nos concede reiteradamente

misericordia, pero tras el umbral de la muerte, solo hemos de esperar justicia.

Según San Agustín los pecados colectivos han de ser castigados en este mundo, pues las colectividades, como tales, no mueren y por ello han de recibir aquí la acción de la justicia.

¿Será necesaria la revulsión de una amarga etapa comunista o de un caos bélico para que se produzca la reacción, para que siendo cual pago de culpa por la humanidad corrompida, surja un nuevo cristianismo purificado? Dios dirá. Nosotros a orar:

¡Domine salva nos perimus! ¡Señor, salvadnos que perecemos!

FERNANDO SERRANO MISAS

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

INICIACIÓN TEOLÓGICA, Grupo de Teólogos. Tomo III. 756 págs. (22 x 14 cm.). Editorial Herder. Barcelona, 1961.

Nos hallamos ante la tercera y última parte de una magnífica iniciación teológica según el plan y las enseñanzas de Santo Tomás, dirigida principalmente a estudiantes y principiantes, aunque a nuestro juicio constituya un excelente medio de repaso y asimilación para los que ya estén más adentrados en el estudio pedagógico. Porque se trata de un lúcido esfuerzo de síntesis vulgarizadora, donde sin abuso de terminología escolástica, que podría ser árida para los no avezados a ella, se expone la doctrina tradicional con precisión y claridad. Asentimos con el "Grupo de Teólogos" (algunos de los cuales son de muy ganada notoriedad) en la conveniencia del plan adoptado y recomendamos incondicionalmente la obra dirigida por el P. Henry, O. P., y vertida al castellano por los PP. Dominicos del Estudio General de Filosofía de Caldas de Besaya. Cuatro libros integran toda la obra: Jesucristo, la Virgen María y la Iglesia, los Sacramentos, y la Parusía. Puesto que se trata de una obra dirigida particularmente a la juventud, hubiéramos deseado algunas apostillas de parte de los Autores o Traductores que salieran al paso a posibles reparos, de los que diremos algunos sin ánimo de polemizar. Nos parece inexacto, aunque muy francés, hacer derivar el movimiento concepcionista moderno del hecho de la aparición de la Medalla Milagrosa (pág. 1830), y no creemos se pueda decir, si España entra en la cuenta, que el esfuerzo concepcionista del siglo XVIII "se reduzca a muy poca cosa". En los apartados "Acción temporal y evangelización" y "Actividad de la Iglesia y orden político" (págs. 303-304), los Autores por querer ser breves han quedado oscuros. ¿Tan seguros están de que es cosa hecha la disolución de "todo aquello que había constituido el éxito medieval de la cristiandad *sacral*? Los cristianos habremos *sin duda* de limitarnos a ser, en el mundo renovado, artífices de una nueva cristiandad de tipo profano? Ya sabíamos que así lo enseñaba Maritain, pero sentimos que el Autor no haya conocido otra fuente donde beber. La construcción de grandes templos no suele en nuestros días ser iniciativa de personas privadas, sino de las Diócesis u Órdenes religiosas. Siendo esto así ¿tiene sentido compararlas con la torre de Babel y preguntarse si ésta puede ser símbolo de aquéllas y de sus ceremonias litúrgicas) "que atraen más bien la maldición divina, a causa de la vanidad que los hombres deducen de ellas"? (pág. 318). En el tratado final, que es el de la Parusía o de los Novísimos, hemos notado alguna manera de hablar algo ambigua (pág. 686) en lo que al pecado original se refiere. Y en lo concerniente a la reprobación eterna (pág. 684) no nos parece bastante clara la expresión de que "la Iglesia sabe que el menor movimiento de fe y caridad basta ante la misericordia de Dios para recibir la prueba de fuego temporal solamente". Porque la verdad es que si ese movimiento no es de caridad perfecta precisamente, se recibirá el fuego eterno.

La presentación tipográfica mantiene la fama de la Editorial Herder por su nitidez y corrección. Las erratas son muy escasas. Entre las que cambian el sentido sólo hemos encontrado dos: *ascensión* por *asunción* (pág. 217) y *no es conocido* por *nos es conocido* (318). La bibliografía de cada libro, muy completa y escogida. Aunque en la fecha de impresión del libro, los tomos publicados de "Marie" del P. Manoir, son cinco y no dos. Cuanto al libro "La Virgen María" de Guitton (pág. 247), creemos que no debe tenerse por recomendado.

FRANCISCO SEGURA, S. I.

CRISTO EN EL HOGAR, de Raúl Plus, S. I., versión castellana del Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo. Segunda edición. Eugenio Subirana, S. A. Editorial Pontificia. Barcelona.

Este volumen extraordinario de la colección "Amor, Matrimonio, Familia", constituye un conjunto de consideraciones altamente sugestivas y estimulantes. No se trata de meditaciones en el sentido estricto de la palabra, sino de la exposición, en todos los aspectos, bajo los cuales pueden ser estudiados los problemas que por las excepcionales condiciones en que vivimos se plantean en torno al hogar cristiano y la educación de los hijos en el clima psicológico creado por el dinamismo moderno.

Cristo en el hogar no es un libro para substituir al Evangelio ni al Misal, sino para completarlos con aplicaciones prácticas y por medio de sugerencias, en textos deliberadamente cortos, que pueden utilizarse como puntos de partida aptos para provocar reflexiones emanadas de la propia personalidad de cada uno y aplicables a los casos concretos y particulares que constituyen la trama del vivir cotidiano en familia.

No se trata de "plan de vida" con reglas y preceptos. *Cristo en el hogar* está proyectado para elevar incluso hasta la perfección y la santidad cualquier plan de vida del seglar cristiano viviendo en familia, sin excluir ningún medio y condición que le sitúe en un determinado plano social o individual, y substituir, en todos los casos, la tentación de *evasión*—que sienten algunos ante los formidables obstáculos que el modernismo pone, consciente o inconscientemente, en juego para sustraer a la sociedad de los hábitos y costumbres cristianas—por la *ascensión*, es decir, que descubre ante la tentación de desánimo y pesimismo, los abismos a que puede precipitarse, y no sólo para evitarlos, sino para mostrar asequibles a todos el camino de las alturas, con base firme de sentido común y sin estridencias ni extravagancias.

Es un libro que no debería faltar en ningún hogar cristiano.

L. S.

TEMAS CAPITALES DE LA EDUCACIÓN, 238 págs. (20 x 13) de Friedrich Wilhelm Foerster. Editorial Herder. Barcelona.

Constituye este libro una exposición clara y sencilla en que el pedagogo mundialmente conocido, F. W. Foerster—que enseñó en Zurich, Viena y Munich, y vive actualmente en Estados Unidos—, pone al alcance de todos los preceptores y de todos los padres una completa doctrina pedagógica que hace inteligible la estructura interna del proceso educativo.

Pronunciándose netamente contra la relajación pedagógica de nuestro tiempo, el Dr. Foerster demuestra que en la mayoría de los casos las debilidades humanas no son una manifestación enfermiza, como muchos pretenden, sino faltas morales. Propugna, por lo tanto, por una educación afianzada en un concepto firme de la autoridad y fundada en una ética clara y concreta que respete y robustezca la personalidad y sentido de responsabilidad de la juventud.

Este libro es, además, muy adecuado para la autoeducación por los ejemplos prácticos que contiene, presentados de manera intuitiva y amena en conexión con análisis en pro y en contra de los métodos que cada uno puede emplear de acuerdo con su temperamento, mediante el ejercicio de sus facultades gnoscitivas.

L. S.